

CRISANTO ZUDAIRE

Quijotes
a lo
divino



REPORTAJE
SOCIAL

Sacerdotes obreros de París

“No se trata de un cuento de Navidad, sino de una historia que voy a contar tal como yo acabo de vivirla.

Son las siete de la tarde. Una calle de suburbios, igual a todas las calles de suburbios. Una casa leprosa, igual a todas las casas de los pobres.

El camarada que me acompaña empuja una puerta: es una cocina estrecha llena de hombres y mujeres que han acabado de trabajar y van a comer juntos enseguida. El *caberot* está puesto. Se levanta uno de ellos, un obrero que en nada se distingue de los demás, y dice:

—Los que quieren asistir a la Misa.”

En términos patéticos describe Mauriac la Misa celebrada sobre una mesa de cocina, por un sacerdote obrero, que viste camiseta de punto, como los demás obreros.

“Todos aquellos que están allí—termina—casi todos, van a comulgar a pesar de la hora tardía...”

Luego de terminada la Misa se han reunido en la cocina para compartir una comida frugal...; y nosotros, sus hermanos—y sin embargo tan extraños a ellos—nos hemos ido, hemos huído. Después de rodear algunas calles, hemos llegado a lo más denso de París, que no reconocíamos ya. Los palacios ilustres se levantaban ante nosotros como las decoraciones vacilantes de un teatro a medio destruir. Para nosotros no quedaba del mundo nada más que aquella habitación vacía, ese obrero, tan parecido al Esposo de la Virgen, apretando contra su pecho al Dios-Niño.”

|| S

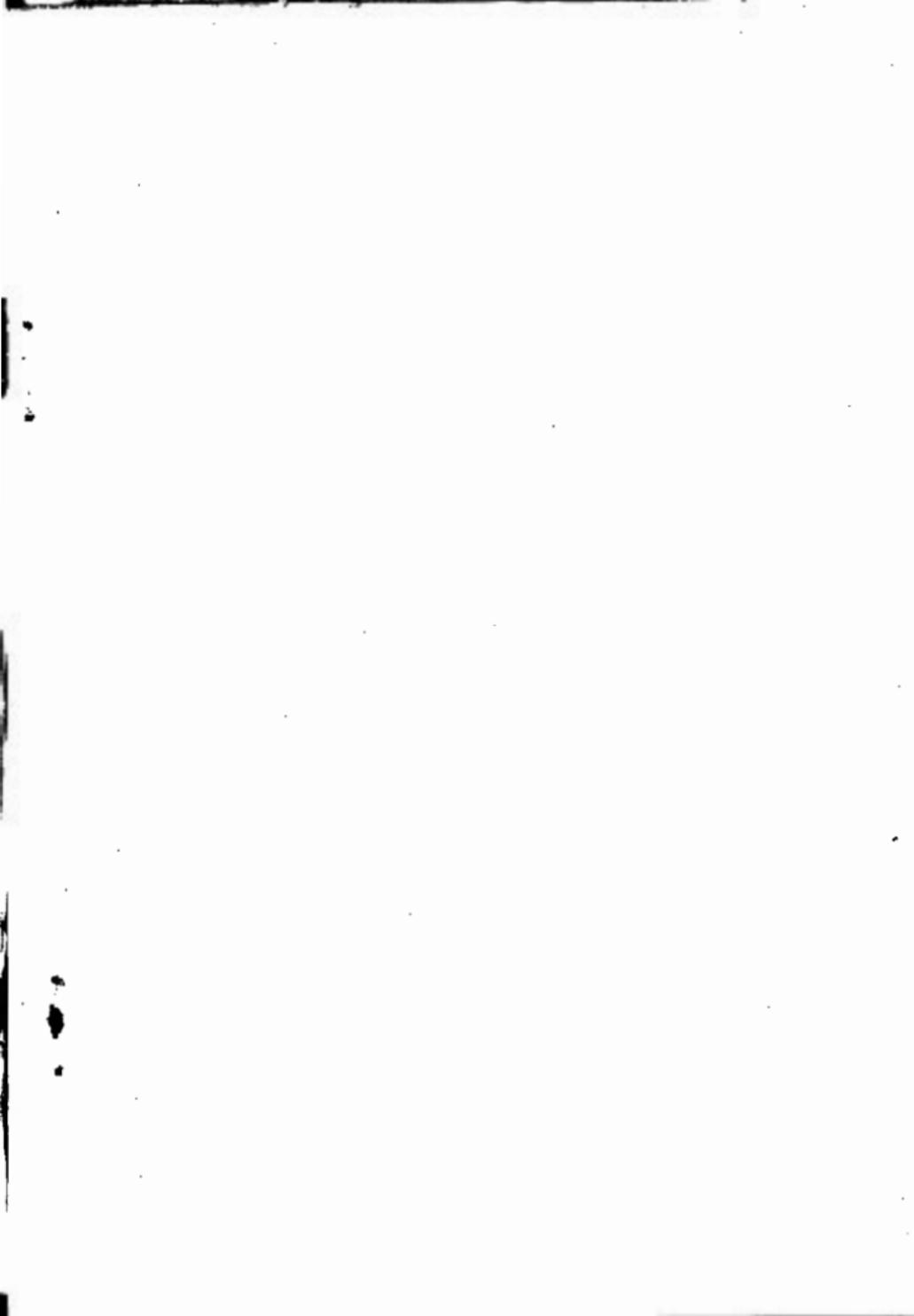
u
o
g
t
e
c
d
e
e
u
h

n
d
q
d

r
p

r
u
h
ñ
h
h
p
p
n
k
p
n
c
i
d
c
i

||





CAPUCHINOS OBREROS DE STRASBOURG.
DISPUESTOS A BAJAR A LAS MINAS.

P. CRISANTO ZUDAIRE

Quijotes a lo Divino

- I. - Sacerdotes Obreros de París.
II. - Apología del nuevo Apostolado.

Charitas Christi urget nos.



1950
EDITORIAL FRANCISCANA
BARCELONA

Nada obsta: *Pamplona*, 13 de junio de 1950.

Fray Francisco de ARIZCUN, O. F. M. Cap.
Censor de la Orden.

Puede imprimirse: *Pamplona*, 14 de junio de 1950.

Fray Florencio de ARTABIA, O. F. M. Cap.
Ministro Provincial.

Nihil obstat: El Censor,
Dr. Cipriano MONTSERRAT, Canónigo.
Barcelona, 22 de junio de 1950.

Imprimase:

† GREGORIO, Obispo de Barcelona.

PRÓLOGO

*Publicaba la revista ESTUDIOS FRANCISCANOS nuestro modesto artículo titulado: Obreros y Obrerismos*¹, cuando llegaron a nuestras manos las cuartillas del valioso manuscrito del P. Crisanto Zudaire, entresacado del Diario íntimo del P. Rogatien de Rouge, capuchino obrero de la Misión de los suburbios de París.

Intentamos, en nuestro artículo, salir al paso a unas nacientes inexactitudes que se divulgaban acerca de la actitud heroica de ciertos sacerdotes de París, que con fines totalmente apóstólicos, vestían de seglar, residían en barracas,

1. «Estudios Franciscanos» 51 (1950) 39-70.

celebraban la misa a horas tardías y contrataban su trabajo, como obreros, en talleres, fundiciones y fábricas; en este nuestro artículo procuramos dar forma y figura a nuestro argumento sin otros documentos que un Memorial del P. Andrés de Le Refecq-Kerhuen ², también capuchino obrero, y un reportaje de Mauriac ³, cuya brillantez literaria desconcertó a mentalidades las más preclaras ⁴.

El fondo del argumento lo habíamos tratado ya en una emisión social de "Radio Barcelona", de finales de septiembre de 1948, que fué cuando llegó a nosotros la noticia de este nuevo género de apostolado.

Titulamos esta emisión: El ideal de la Merced; pues de la misma manera que la Virgen Santísima inspiró en Barcelona a San Pedro

2. *Relación del P. A-L*, enviada al Congreso Interprovincial de la Orden Capuchina, celebrado en Roma los días 21-27 de noviembre de 1948, sobre la necesidad de adaptar la Orden Capuchina a las modernas exigencias del apostolado. «Prêtre et Apôtre», 15 de marzo de 1949. «Estudios Franciscanos» 40-43; Anal OrdFraMinCap 64 (1948) 165-175.

3. «Le Figaro» de París, 26 de diciembre de 1948.

4. MONS. ZACARÍAS VIZCARRA: *Métodos desconcertantes de apostolado*. «Ecclesia» 9 (1949-1) 93-94.

Contra los ditirambos de ciertas encuestas y reportajes, había reaccionado el nuevo arzobispo de París, Mons. Feltin, al tomar posesión de su cargo, manifestando que «estos hombres de vanguardia, misioneros admirables de París, no piden que entorno a su apostolado se hagan encuestas, reportajes o reclamo alguno... No solicitan sino nuestra oración, nuestra comprensión y nuestra común simpatía.» *Carta pastoral*. «Ecclesia» 9 (1949-2) 511.

Nolasco la creación de una orden religiosa que, con todos los peligros del método, desplazara sus adherentes a tierras de morería y allí, vestidos de seglar,—QUIJOTES A LO DIVINO—se constituyeran esclavos en sustitución de los cristianos que sufrían semejante yugo, para arrancarlos así del peligro de apostasía; de la misma manera—decíamos—inspiraría la Virgen Santísima al cardenal Suhard, arzobispo de París, el reclutar sacerdotes del clero secular o regular, que, deseosos de aliviar a aquellos que, en decir de León XIII, “se encuentran en condición que no difiere de la de los mismos esclavos”, aceptaran el yugo de diez o doce horas diarias de trabajo manual en fábricas, minas o talleres, con el objeto de alejar las masas esclavizadas del peligro de apostasía.

Era entonces y ahora el ideal de la Merced reclutar personas libres, espiritualmente bien formadas, dispuestas a dos clases de sacrificios: el de bajar a ocupar lugar de honor en los puestos de esclavitud y el de buscar en ello la salvación y redención de las almas. “El escándalo más grande del siglo XIX—dijo Pío XI—es haber perdido la Iglesia la clase obrera”.

Y como sea que una de las principales causas de esta apostasía de las masas es el excesivo contacto de las clases dirigentes, contra el precepto Evangélico, con los ricos y potentados.

de este siglo, por esto los sacerdotes de París, bajan al mundo del trabajo, para manifestar a la clase obrera, con su silencio y con su ejemplo, que, desde puntos de vista más evangélicos, saben también compartir con ella su pan, su esfuerzo y su sudor.

Así lo manifestaba Pío XII a los capuchinos obreros de París, al recibirlos en audiencia privada, en Castellgandolfo, el 25 de noviembre de 1948: "Hechos hermanos para con sus hermanos—decía—para ganarlos a todos a Cristo... Unen el sudor apostólico de sus frentes al de los obreros, libran su espíritu de las tinieblas del error, lo remontan a la luz de la verdad y se esfuerzan para endulzar los ánimos amargados por el odio y la jacción, infundiendo en ellos la caridad divina"⁵.

De la misma manera Mons. Feltin, al tomar posesión del arzobispado de París, vacante por la muerte del cardenal Suhard, en su primera pastoral denominaba "hombres de vanguardia..." a estos misioneros, diciéndoles: "A estos misioneros admirables, que han escogido por papel suyo el llevar oscura y excepcionalmente una vida de duro trabajo en medio de sus her-

5. Alocución del Sumo Pontífice en la audiencia del 25 de noviembre de 1948. — Carta particular de Pío XII al ministro General de la Orden de Frailes Menores Capuchinos, 4 de diciembre de 1948. «Ecclesia» 9 (1949-1) 117.

manos, les expresamos toda nuestra gratitud”.

A este espíritu evangélico, a este sentir con la Iglesia, bendecido por el Papa Pío XII y por Mons. Feltin: al espíritu de estos sacerdotes obreros tan profundamente sentido por el cardenal Suhard desde la organización, en 1947, de esta vanguardia de sacerdotes obreros, y tan incondicionalmente alabado por su sucesor en la archidiócesis de París, denominábamos en nuestras emisiones y artículos el ideal de la Merced, siempre viejo y siempre nuevo, de los que se suplantán en lugares de esclavitud, cargan sobre sus hombros los pecados de los pueblos, y buscan en la pobreza, el sacrificio y la humildad, una vida más conforme con los principios del Santo Evangelio.

“Los primeros y más inmediatos apóstoles de los obreros—objetan unos—han de ser los mismos obreros” ¡Palabras augustas de Pío XII! Pero nunca serán apóstoles de verdad los obreros ambiciosos y codiciosos de las riquezas de este mundo, que sólo sirven para más acentuar el odio y la facción, sino los que, debidamente formados y preparados, como Cristo Jesús, Rey de reyes y Sumo Sacerdote, saben cargar sobre sus espaldas las faltas de los demás, y encarnándose con su ejemplo en la clase tra-

bajadora, comparten con ella su trabajo, sus angustias, su dolor, sus penas y sus lágrimas.

Como el Verbo del Padre, que para redimir a la humanidad del pecado, se encarnó en la naturaleza humana, de la misma manera los cristianos de verdad, obreros voluntarios, deben encarnarse con la clase obrera, si quieren contribuir eficazmente a su redención.

Veamos como el P. Andrés, compañero de trabajos y fatigas del P. Rogatien, explica en su Memorial este ideal de encarnación en la clase obrera:

"Un abismo social separa a la Iglesia de la masa marxista; con toda evidencia es necesaria una nueva misión, con su clero y su laicado propios, su catecumenado y su vida religiosa indígena. Más todavía que los misioneros en el extranjero, los sacerdotes tienen que hacerse indígenas con los indígenas y tomar sobre sus hombros toda la dureza de la vida obrera, excluido el pecado."

—Penetrar o desaparecer—como una alternativa; esta es la consigna de estos sacerdotes obreros.

"No hemos hecho acción política, no hemos hecho acción social—exclama—. No hemos tomado el puesto de los seculares cristianos. Hemos querido solamente ser testigos del orden sobrenatural. Muy pronto nos hemos dado cuenta

de que, para prestar este testimonio, el silencio, junto con el ejemplo, tiene más eficacia que la palabra."

Este género de apostolado exige desprendimiento y singulares sacrificios.

"Para dar del Evangelio un testimonio tan puro como nos ha sido posible continúa—nos ha sido preciso despojarnos de todo un conjunto de prejuicios que, por legítimos que sean, no son el Evangelio; renunciar a toda una mentalidad burguesa, legítima en sí, desde luego, pero relativa y temporal. Siguiendo el Evangelio y las directrices de la Iglesia, buscamos una espiritualidad, un camino hacia Dios, que sea accesible a la mentalidad y a la cultura obreras."

Esta mentalidad y esta cultura rudimentarias se trata de cristianizarlas, como la Iglesia y el franciscanismo espiritualizaron la cultura de la Edad Media.

"Si rechazamos la cultura burguesa—termina—no es por desprecio: es porque juzgamos necesario este abandono para el descubrimiento de una espiritualidad auténticamente cristiana y auténticamente obrera. Nuestra presencia en la fábrica es una especie de incubación en la cual ensayamos preparar esta síntesis" 7.

Despojados de todo lo accesorio, estos reli-

giosos quieren encarnarse en la multitud, identificarse con ella, como la levadura con la masa.

Así sintetizaba Mons. Feltin esta idea de la encarnación:

“Estos sacerdotes obreros quieren ser el grano de trigo que desaparece y muere en la tierra para germinar mañana y producir el ciento por uno”⁸.

Encarnarse en la clase obrera es reproducir en nuestros días el ideal de la Merced; es el ideal medieval de San Francisco de Asís que puede hacer fermentar la cultura materialista de nuestro siglo.

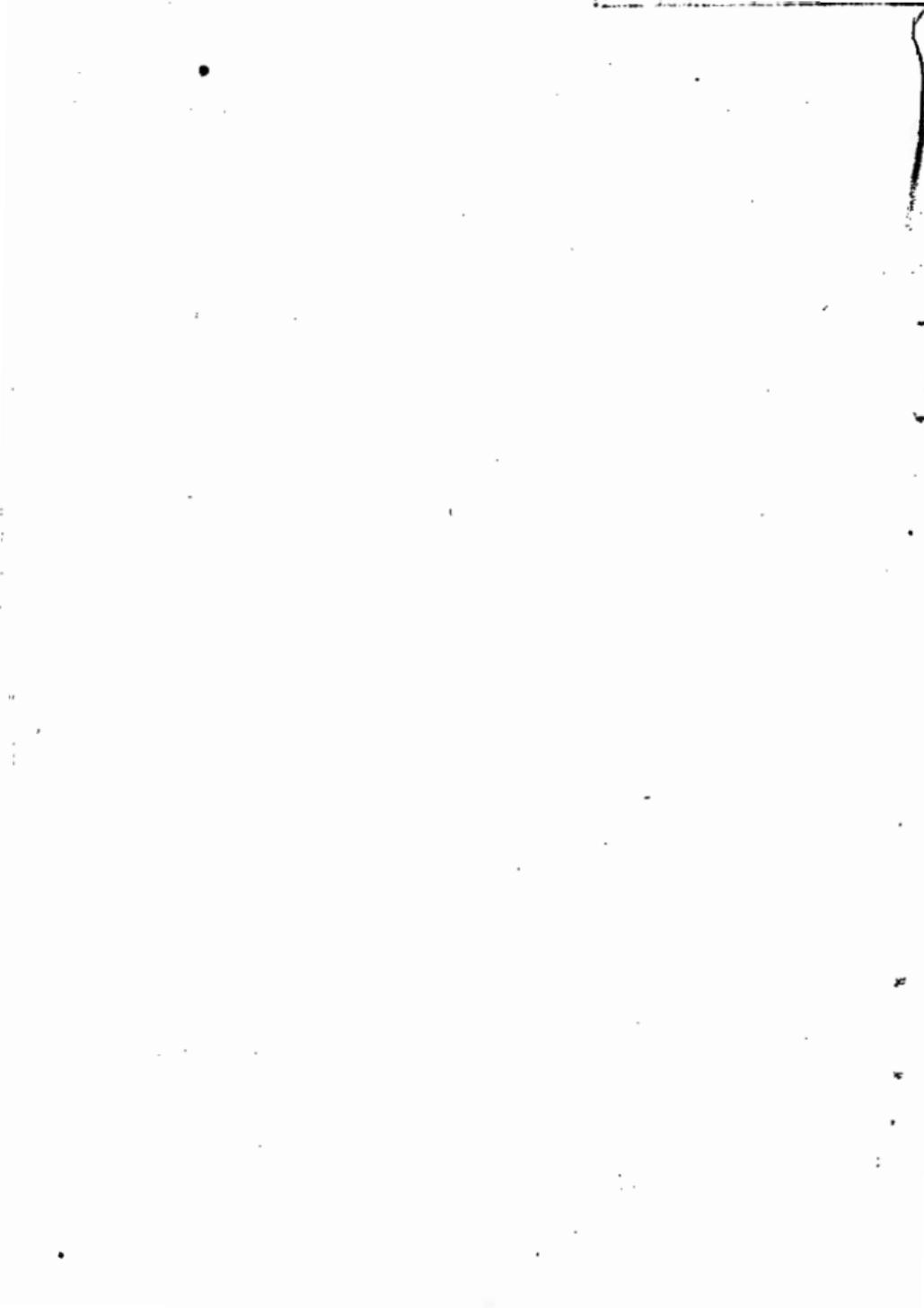
Y si Francisco de Asís, en la enconada lucha entablada en la Edad Media, entre mayores y menores, al grito de ut sint minores! adoptó el capuchón y el traje burdo de los campesinos de Asís y se asoció a sus trabajos del campo, restaurando en su pureza la vida del Santo Evangelio y echando al traste, con la ejemplaridad de su conducta, un sin fin de prejuicios de la civilización católico-medieval... ¿por qué en nuestros días, un Evangelio que nació con Cristo en la pobreza de un establo, que se perfeccionó en un taller de Nazaret y tomó nueva forma y figura en los tugurios de Le Carceri y Rivotorto... por qué este Evangelio no podría volver a un

primitivo esplendor, en contraste con el materialismo y sensualismo de nuestro siglo, desde cualquiera de las barracas de los suburbios?

Esta idea de encarnación en la masa obrera, que da solamente esbozada el Memorial del P. Andrés, la encontrarás, lector amigo, totalmente desarrollada y documentada, leyendo las páginas vividas y sentidas del Diario íntimo del P. Rogatien y de su Apología de este nuevo género de apostolado, que con tanto amor y cariño hoy te ofrece debidamente vertido, refundido y pulcramente elaborado, el sabio capuchino navarro, P. Crisanto Zudaire.

P. BASILIO DE RUBI.

N.º S.º del Trabajo, 1 de mayo de 1950.



Quijotes a lo Divino

INTRODUCCIÓN

No fruncir el ceño, pío lector, ni santiguarse apresuradamente, como si oyeras una blasfemia. *Quijote* es sinónimo de loco para los *palomeques* y Juan Haldugo, gentes sin ideal o que lo traicionan. *Quijote* es sinónimo de cordura en las navas manchegas o entre los riscos de Sierra Morena o en el lecho de muerte, para el idealista que no desfallece, que puja por escalar el Everest, por domar en el ruedo una res brava, por ganar las cumbres del Monte Carmelo. *Quijote* llaman al que se lanza impávido tras el ideal que le obsesiona.

LA MISIÓN DE PARÍS

Un buen día—julio de 1943—la Francia católica recibe fuerte trallazo en el rostro: le han dicho a boca de jarro que ha dejado de ser cristiana ¹. ¿Estaba en lo cierto el abate Godin? En buena lógica, su testimonio no puede valer más que sus fuentes de información: la clase obrera de la *banlieue*; pero, al menos éste es auténtico, rudo, construido, como un cuadro impresionista, con espátula, arrancando de la realidad trozos palpitantes de vida. Es la confirmación del “gran escándalo del siglo” denunciado por Pío XI, la apostasía de la clase obrera. Por desgracia, encuestas realizadas en las diversas esferas sociales han mostrado que esta apostasía no es el único problema de dimensiones apocalípticas que preocupa a la Iglesia de Francia ². Pero sus jerarquías otean el horizonte con optimismo. “Esa desorientación ideoló-

1. DANIEL-H. GARDIN, sacerdotes. *La France pays de Mission?* (Paris, 1943).

2. Si el lector no tuvo la fortuna de informarse en las mismas fuentes—Rev. *«Études»*, *«Esprit»*, *«Masses ouvrières»*, *«La Documentation Catholique»*, etc.—puede repasar los artículos publicados por la rev. *«Arbor»* del C. S. I. C., del 1947, 1948 y 1949—números 21, 22, 23, 43 al 44; y el certero análisis que de las nuevas fórmulas de apostolado se hace en *«Razón y Fe»*, diciembre de 1949. Consulte también *«Ecclesia»* 9 (1949-1) 343; 9 (1949-2) 511.

gica—declaraba el malogrado cardenal Suhard ³ — es secuela de una crisis de crecimiento por la que pasa el mundo; son los síntomas de la eterna juventud divina y humana de la Iglesia. Personalmente estoy persuadido de que estamos en la mañana de una nueva primavera del Cristianismo”. Y la Iglesia se apercebe para la lucha; vibran las revistas católicas con la inquietud del momento, organizanse congresos, como el internacional de Pfalz (sept. 1949), y los de Nantes y Burdeos; ensáyanse nuevos métodos de apostolado, como el que pudiéramos llamar de los “medios volantes” o misiones relámpago, preconizadas por el Obispo de Moulins en una pastoral a sus diocesanos; se instituyen misiones rurales permanentes, al estilo de la *Mission Rurale de Oucques*, diócesis de Blois, encomendada, desde 1948, a los capuchinos de París, PP. Rafael de Noirlieu y Guénael de Plouvien ⁴. Pero de todas las fórmulas ensayadas, ninguna causó tal escándalo por su novedad, a ninguna se le calificó de “osada” (sic) y audaz, como la encarnada en la *Mission de Paris*: “Delante de la Virgen María y según

3. «Orbis Catholicus», Herder-Correspondenz, Jhg. III heft 7, pp. 303-324: *Declaraciones del Card. Suhard al representante de la «N. C. W. C.»*; Id. sus pastorales de 1947: *Auge o decadencia de la Iglesia* y la pastoral de 1948 sobre *El apostolado moderno*.

4. «Bulletin Provincial des F. M. Capucins», Prov. de París, 1 (1949), 7-9.

el parecer de todo el grupo, me comprometo a consagrar toda mi vida a la cristianización de la clase obrera de París". El Emmo. Card. Suhard, alma de la empresa, consciente de su trascendencia, recabó para sí toda la responsabilidad de la nueva institución. El trabajo será obra de equipo, por ser obra de gran envergadura y "porque el grupo solamente se salva por el grupo" (Card. Suhard). Formaron las primeras avanzadillas varios sacerdotes diocesanos, a los que luego se han ido agregando equipos de religiosos: Asuncionistas, Franciscanos, Oblatos de María, Capuchinos, Jesuítas, Dominicos...

"Lo que ante todo caracteriza a la Misión de París—afirma su actual superior el canónigo Hollande—es su espíritu. Hacemos un juramento y una triple promesa: vida de pobreza, de sencillez y de sinceridad. Nuestro lema es el de S. Pablo: *Nos stulti propter Christum* ⁵.

"Nuestro propósito es trabajar en medio de la comunidad obrera, albergarnos como ellos, trabajar y descansar como ellos. No hay por qué insistir en que son necesarias vocaciones extraordinarias, muy escogidas".

5. 1 Cor. 4, 10.—Comunicación de Mgr. Hollande al Congreso del Clero Franco-alemán reunido en Pfalz del 6 al 10 septiembre 1949, en Herder-Correspondenz, etc.

LA PRENSA DE IZQUIERDA.

Pronto se hizo eco de estas novedades la prensa de izquierda. Bueno será recordar a este propósito el gran vocerío y alharaca que, a raíz del decreto del Santo Oficio contra los militantes y adheridos del Partido Comunista ⁶ promovieron los periódicos de la tarde—"France-Soir", "Paris-soir", "Le soir", etc—presentando a los sacerdotes obreros como simpatizantes con el comunismo y rebeldes a la Iglesia aburguesada. En cambio, apenas suscitó en ellos comentario alguno la muerte del malogrado Card. Suhard, espíritu y cuerpo de este nuevo apostolado.

Contra esa cargazón de lenguaje, contra tantas tergiversaciones de la verdad, contra esa hiriente trompetería, reafirmó HOLLANDE ⁷, superior de la misión de París, su "voluntad de silencio". "Es peligroso—argüía—ese lenguaje periodístico que califica el sacerdocio obrero de "comandos y quinta columna" del Vaticano, como si los sacerdotes-obreros fueran una sección de para-

6. *Respuesta del Santo Oficio, 1.º de julio y 11 de agosto de 1949*, ap. AAS, 50 (1949).

7. *Témoigne Chrétien*, le 19 août 1946; Georges VERPRAET, *Le Chanoine Hollande nous déclare*: «Les prêtres ouvriers n'ont pas besoin de publicité».

cafidistas lanzada sobre el campo pagano o una partida de guerrilleros vaticanistas... No son espías, son antorchas del Evangelio: su empeño primordial es la propia santificación, el estudio teológico", (necesitamos teólogos—me decía con apremio el P. Rogatien), *la fidelidad a la jerarquía* de la Iglesia. Urge sobre todo nuestra formación teológica y espiritual; y, después, años de silencio—ese silencio que, en frase del Card. Suhard es prueba del *sens de Dieu*. — El sacerdote obrero ama demasiado el mundo en que ahora vive; conoce muy bien sus riquezas y sus sufrimientos para exhibirlos. Sabe que el reino de Dios se siembra en paciencia."

"En resumen, aunque los sacerdotes obreros desean continuar viviendo y trabajando en la sombra, sin ninguna propaganda, su misión nada tiene de clandestina. Su fin es evidente: plantar la Iglesia donde no existe, *encarnándose* todo lo posible en el seno de las masas obreras."

Sin intención de violar esa "voluntad de silencio", voy a levantar una punta del velo que lo defiende.

He podido hablar con uno de esos sacerdotes obreros y arrancarle, casi a viva fuerza, unas hojas de su *Diario íntimo*, que a tu discreción confío.

1.ª PARTE

Sacerdotes Obreros de París

I

LE PETIT NANTERRE

Al oeste del casco urbano de París se extiende la gran barriada fabril de Nanterre. En ella están emplazadas varias fábricas de marcas universalmente conocidas, como la "Renault" y la "Peugeot" y otras, no menos importantes, aunque más desconocidas, como la "Continental", la constructora de motores de aviación, etc. Un núcleo, y no el más privilegiado, de esa *banlieue*, es le "Petit Nanterre", con sus 3.500 habitantes, su eremitorio parroquial y sus 60 personas que, durante el pasado año (1948), participaron de alguno de los Sacramentos de la Iglesia. Hay en esa barriada construcciones de piedra y ladrillo

de uno o dos pisos; pero predominan las barracas de madera con techumbre de lona o papel embreado—quizá no tan miserables como muchas de Pueblo Nuevo y Casa Antúnez, en Barcelona ¹.

Entre aquel enjambre y sobre el barbecho de los campos y de las almas, fuimos a buscar el "Rivotorto" de nuestros Padres obreros. Nunca olvidaré la simpatía extraordinaria con que las mujerucas, desde sus ventanas y los trabajadores, desde el mostrador del bar,—eran las tres de la tarde de un *week-end*—, o desde la puerta de sus casas, nos dieron, sin pedirles, las indicaciones precisas para localizar la barraca de los *petits Pères* o *moines*.

Afortunadamente, aquel día estaban *chez eux* los PP. Césaire y Andrés. El segundo substituye actualmente al primero en funciones de párroco ².

—¿Y el P. Césaire?

1. En mi visita a «Le Petit Nanterre» pude apreciar los primeros frutos de caridad del comité obrero fundado por nuestros tres capuchinos: en derredor de las barracas veíanse placas de cemento armado destinadas a recubrir por de fuera las paredes de las viviendas obreras; y con ellas, planchas de uralita para proteger la frágil techumbre.

2. Con fecha 12-5-50 me escribió el P. Rogatien, que hoy continúa en el Petit Nanterre solamente el P. Césaire. Al P. Andrés Hubert prescribieron varios meses de reposo, y al P. R. le designaron a la misión obrera de Estissac-Aube, en la región de Troyes.

Una joven, esposa de un obrero, me dijo con cierto orgulloso retintín:

—Ahora está en paro forzoso; pero tuvo trabajo.

Como consecuencia de la generosa oferta de armamento americana, Francia había cerrado sus fábricas de aviación militar, dejando en la calle a 3.000 obreros, provocando con ello la consiguiente competencia de la mano de obra.

A los cuatro días el P. Césaire había logrado colocarse en una fábrica de papel.

La barraca de los *moines* está abierta a todas las voluntades, no a todos los vientos. Nuestros Padres se calificaron en ella de diestros aprendices de carpintero ³.

Está dividida la tal barraca en dos compartimientos: uno, más espacioso, que hace a un tiempo de cocina, dormitorio, biblioteca y sala de recibir. Un viejo simpático, anarquista impenitente, quedó por algún tiempo, mientras yo rondaba por allí, como dueño y guardián de

3. Cotéjese nuestro relato con este otro de la vida de S. Francisco: «La capilla del convento de Cantorbery no requirió del carpintero más de un día de trabajo. Allí residían solamente tres religiosos, uno de ellos tan tullido, que los otros dos le tenían que transportar al coro por la noche a cantar los maitines. Y eran tan felices en su miseria, que sucedía a veces tener que interrumpir el Oficio Divino, mientras no se pasara la risa comunicativa que les invadía.» — OMER ENGLEBERT, *Vida de S. Francisco de Asis*, p. 215 s. Adviértase que de los nuestros ninguno es tullido, sino muy sanos todos ellos.

aquellos *tesoros*, cuando los PP. se ausentaron a ejercer su ministerio de caridad, visitando enfermos. A poco llegó un seminarista, en paro forzoso por accidente de trabajo. Está ordenado *in sacris* y aprovechaba sus vacaciones para *encarnarse* en el mundo obrero ⁴. Durante el mes de agosto hubo en "le Petit Nanterre" un bravo estudiante capuchino, que, a los 23 años, abandonó su empleo de soldador especializado, para vestir el sayal, impulsado por el ansia de conquistar a su hermano obrero como obrero sacerdote.

—¡Qué alegría más profunda se siente—me dijo este valiente muchacho—cada vez que podemos dejar el mono por el hábito! ¡Qué buena defensa del espíritu es esta librea franciscana!

Huelga advertir que, entre los obreros, visten estos sacerdotes como obreros, fuman *gauloises* como los obreros, beben vinazo—*du vin rouge*—como los obreros, hácense como "si estuvieran fuera de la ley, para ganarlos a ellos" ⁵ y acaban por ser perfectos obreros, excepto en el pecado.

Pero de esa "encarnación obrera" y del des-

4. Para entrenar también a los sacerdotes de su diócesis en la dialéctica o idiosincracia obrera, entre otros, el obispo de Innsbruck, en Austria, impone a los seminaristas teólogos la obligación de practicar, como *servicio social*, dos meses de pruebas en fábricas y talleres. Cfr. «Ecclesia» 8 (1948) 874.

5. 1 Cor. 9, 19-21.

garramiento psíquico y moral que produce en el *prêtre-ouvrier* la renuncia total a la propia personalidad, a la propia forja intelectual, para troquelar en su alma la ruda mentalidad obrera, nos hablará uno de ellos.

* * *

En la susodicha habitación, solamente hay dos jergones de paja, sobre cajas de conservas. El otro Padre—el Superior—tuvo que poner su colchoneta en un rincón que le cedió, en su barraca, el simpático viejo de marras, anarquista sincero y filantrópico.

Si no fallan mis cálculos, la capilla, adosada a la cocina dormitorio, es capaz para unas 12 personas; hay *reservado* permanente y en ella se celebran, diariamente, tres misas, bien por la mañana, bien al caer de la tarde, según lo permitan los turnos de trabajo. Un rústico Cristo de yeso, esquemáticamente modelado, tiende sus brazos sobre los dos travesaños que refuerzan el tabique de separación de los dos departamentos. Otro crucifijo, simple y sin arte, preside el minúsculo altar.

LA VISITA DEL CARDENAL SUHARD.

El 11 de noviembre de 1947 visitó el Card. Suhard nuestro *équipe*, agregado a la "Mission de Paris" ⁶. Al siguiente día dirigióles, de su puño y letra, una carta rebosante de admiración y de simpatía:

"...Quiero manifestaros mi gratitud por el magnífico desempeño de vuestro cometido en la realización de una empresa totalmente nueva. La visita que giré a vuestro centro me ha traído el convencimiento de que la Iglesia tiene un grandioso primer plano que representar en los medios en que vosotros trabajáis. Más aún, creo que desdeñar ese cometido equivaldría a claudicar en su misión esencial. Pero ¡qué gran abismo separa a la Iglesia de ese mundo obrero y cuánto habrá que esperar a que ese abismo quede colmado! Es indudable que la propia Iglesia nabrá de introducir ciertas modificaciones, mas, con la gracia de Dios, nada es imposible.

"Quiero reiteraros mis sentimientos de admiración profunda por el desinterés y la generosi-

6. Según me manifestó el P. Césaire, la «Mission de Paris» está integrada actualmente por unos 50 sacerdotes obreros. De ellos, unos 30 sacerdotes seculares, pertenecientes a dicho Instituto; el resto, son del clero regular a aquél adheridos.

dad con que habéis sabido prodigaros. Siendo vosotros instrumentos tan aptos, Cristo hará lo restante. Esta, como toda obra sólida, está erizada de dificultades y de sacrificios...

"Siento enorme inquietud, inquietud que se acrecienta cada día; no es temor del fracaso, sino de que dejemos pasar la oportunidad del momento presente".



II

EL DIARIO DEL P. ROGATIEN

Uno de los tres Padres que en el "Petit Nanterre" comparten su vida con el obrero es el P. Rogatién. Tuve la fortuna de recoger de su misma boca el testimonio de sus experiencias personales y de arrancar de su *Diario* unas hojas, frescas, como brotadas al calor de las primeras impresiones. En ellas vibra, con encendido lirismo religioso, el alma misma del apóstol de Cristo obrero, y en rudo contraste con ella, el agresivo paisaje del alma obrera.

Charitas Christi urget nos. Con este lema se abren las páginas del *Diario*.

Fechas de la primera parte: diciembre de 1946 a marzo de 1947.

En la segunda parte de nuestro trabajo, ofreceremos a nuestros lectores documentos de septiembre de 1949.

Veamos como comienza el *Diario*:

"Ha ya cerca de tres meses que el P. Andrés y yo vivimos vida de obreros. Estos tres meses, pasados en medio de la masa, fueron para nosotros pródigos en experiencias y en lecciones. Cuando se vive encerrado en su gabinete de trabajo, consagrado a la especulación, fórmase de la vida una idea; pero esa vida no es la vida real, no es la vida común al resto de los mortales. Lo experimental exige experimentarse y que la reflexión se aplique sobre las experiencias."

Sobre esa experiencia personal trata de informar el P. Rogatién a sus Superiores, a los cuales se confía con una ingenuidad filial. Su lenguaje será franco — casi brutal, recalca él mismo —; pero sin deseo de zaherir a nadie. "Referiré *ut sonantes* las expresiones de mis compañeros de fábrica".

DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIZO
EL P. ROGATIEN.

Fué, como la de nuestro Don Quijote, breve y de molimiento, pero no físico, sino moral y provechoso. Cayó de improviso en medio de la

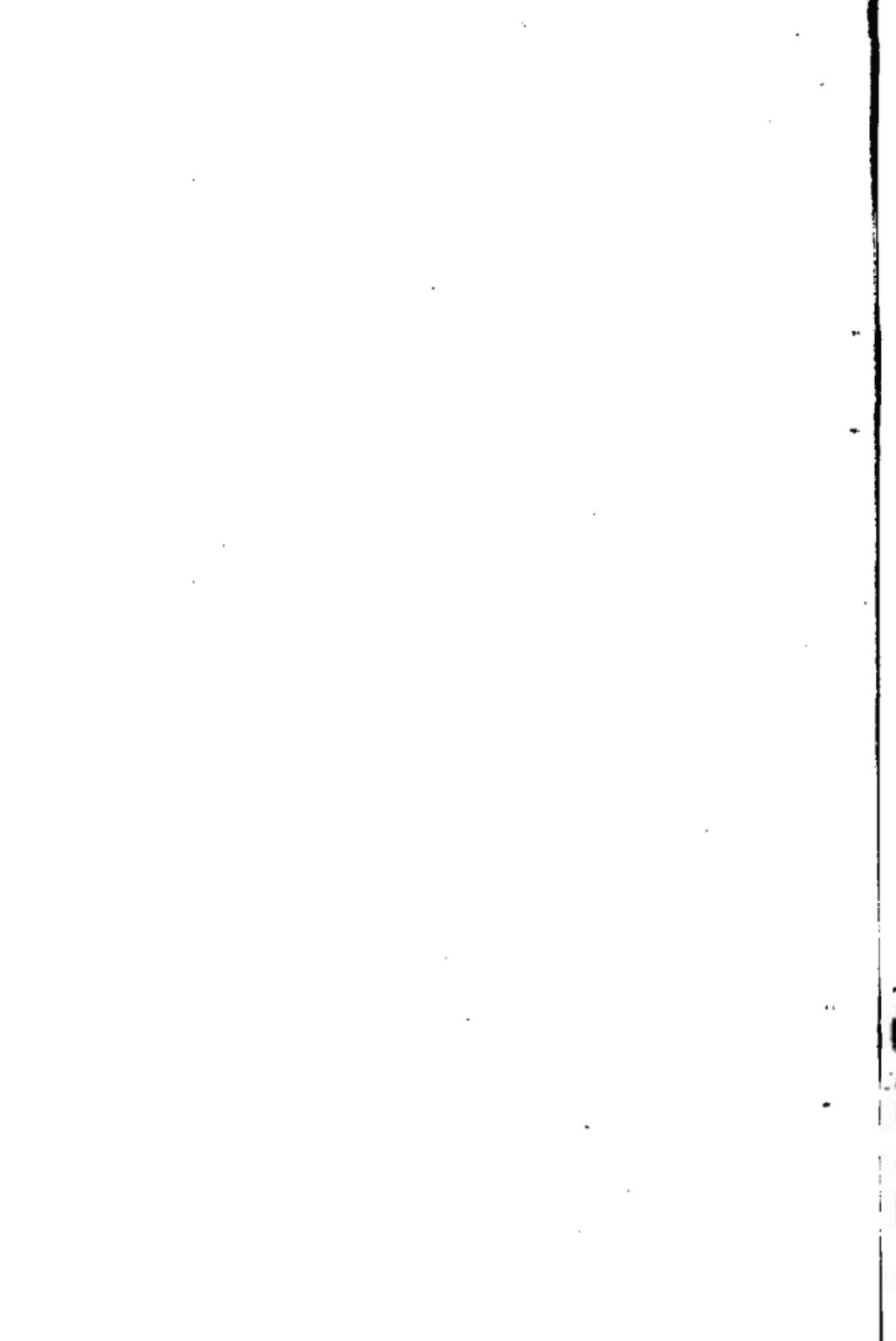
masa, en Clichy, entre 700 obreros empleados en la reparación de vagones. Allí pasó, con el P. Andrés Hubert, su vela de armas y allí recibió el espaldarazo.

—*Je peux même dire que cet essai de trois semaines m'a été une dure et pénible probation.* Nunca me sentí tan abatido y con tal amargura psicológica. En un ambiente extraño, sin habilidad para el trabajo manual, aplastado por aquel cerrado paganismo y, sobre todo, tan ajeno espiritualmente al alma obrera... Entonces me percaté del pesado lastre que tendría que arrojar de mí, de la desnudez psíquica a que tendría que reducirme, del *bourgeoisisme de notre culture clericale*, que nos impide la perfecta comprensión de la idiosincrasia obrera.

—Yo os juro que durante este período de vacilaciones, de tinieblas, de exploración, pedí a Nuestro Señor insistentemente la gracia de la *encarnación*, es decir, la gracia de ser totalmente un obrero, salvo en el pecado, a fin de que ellos a su vez puedan ser uno de nosotros, un hijo de Dios, un hermano de Jesucristo. ¿No es éste el proceso de la encarnación del Verbo? ¿No se hizo Dios-hombre para que el hombre fuese Dios?



EL P. ANDRÉS HUBERT DE LE RELECQ-
KERHVEN, DE LA MISIÓN DE PARÍS.



DE LA SEGUNDA SALIDA DEL P. ROGATIEN.

Fruto de aquellas tres semanas de dura prueba, fué la firme decisión de los PP. Hubert y Rogaticien de zambullirse enteramente en la masa obrera, para hacerla fermentar con la levadura evangélica. Su campo de elección fué Nanterre, y allí debían ellos buscar empleo y alojamiento. Un simpático bretón, Mr. Harscucôët, les ofreció albergue, en tanto que ellos levantarán su barraca.

Y hélos ahí, a los dos nuevos apóstoles, al rayar del alba de un 13 de diciembre, caminando a Dios y a ventura, en busca de un patrono que les quiera contratar.

—¡Albricias! Aquí hay una fábrica de tintes que ofrece colocación.

Una plegaria a *Nôtre Dame du Grand-Return* y ¡adelante!...

¡Malhaya! El ambiente no es muy propicio: 21 mujeres y solamente 3 hombres trabajan en aquel centro. Un mohín de disgusto por el contratamiento y a otra puerta.

El P. Hubert halló empleo en el campo de aviación. El P. Rogaticien envidia su suerte y su facilidad de adaptación:

—*Le P. André-Hubert s'est mis dans le bain presque instantanément.*

—Pero el trabajo—me declaró el propio P. Andrés—es rudo y agotador.

Jornadas de diez y hasta de once horas, acaban con su resistencia física. La necesidad de reposo fué uno de los motivos de que sustituyera al P. Césaire en sus funciones parroquiales.

Entre tanto, el P. Rogatien persigue la realización de su ideal redentor.

—¡Ea! “Direction Amiot”, gran fábrica de motores de aviación con 4.000 obreros.

—*Là, j'aurai un vaste champ d'action et le proletariat le plus païen. Trois Ave Maria.*

Nuevo fracaso: hasta el mes de enero no se contrata mano de obra; idéntico fiasco con las firmas *Desmart-Wilden* y con la empresa “Le Petit-Parisien”.

—*Décidément ça s'annonce mal.*

—¿Qué hacer? ¿Desistir del empeño?

A la tercera no fué la vencida, ni a la cuarta ni a la quinta intentona (talleres de la S. N. C. F.). No importa. ¿Por qué desfallecer? Un ideal de redención del obrero le obsesiona y avasalla. ¿Es un Quijote? Quizá, pero a lo divino. Espíritu de aventura cristiana, como el de Pablo de Tarso.

—*Mais voici la “Continental”, grosse fabrique de compteurs a gaz et électriques.*

Y ahí tenemos al P. Rogatien sometido por el contramaestre a un enojoso interrogatorio.

—¿En qué trabajó V. hasta ahora?

Y aquel *obrero parado*, antiguo “trabajador de la enseñanza”, tiene que revelarse un *pauvre typé*, que apenas hizo en su vida sino barrer, cultivar el jardín de un señor de Nantes y blanquear casas. A los treinta minutos de *ruegos y preguntas* recibióle *presque par pitié*, como soldador de estaño, en el taller 21 de la “Continental”. El P. Rogatien no cabe en sí de gozo y alaba al Señor, porque le tomaron por muchacho del arroyo, ni muy instruido ni muy experto. *Premier acte d'incarnation à l'usine de Nanterre.*



III

"EL NUEVO CONVENTO"

Con este apelativo designa el P. Rogatien a la "Continental": un enorme edificio de cemento, desnudo, sin belleza, sin poesía. A la derecha de la puerta de entrada, el guardarropa y la cantina.

El miércoles, 18 de diciembre, se presenta, según lo convenido en el contrato, a su nueva oficina: el taller 21. Muchas mujeres hay allí: unas 25; y solamente 10 hombres. En fin, manos a la obra.

El contraamaestre, con gran cortesía y deferencia—no es el arrendador de trabajo—le da las instrucciones precisas sobre el montaje y regulación de los contadores de gas. Visita y exa-

mina con frecuencia su labor y le va amaestrando con oportunas indicaciones. Las mujeres pasan y vuelven a pasar junto al nuevo obrero: le saludan, le dirigen muchas miradas furtivas y otras tantas llenas de franqueza y le hacen preguntas breves. El novato responde conciso y cortés. Ha vivido su primera jornada de diez horas. La alegría le desborda; tiene el presentimiento de que ha caído *dans une chic boîte*.

Su trabajo de tres semanas en esta primera dependencia del taller 21 le ha llenado de satisfacción. Ha alternado, como buen camarada, con todos y conserva el grato recuerdo de no haber oído palabra malsonante ni presenciado insinuaciones de mal gusto. Solo, en un ángulo del compartimiento, trabaja y ora: invoca incessantemente al Espíritu Santo y a la Santísima Virgen, para que vengan en su ayuda e infundan luz de verdad en aquellas pobres almas.

Aj tercer día de su presencia en la fábrica y mientras se lavaban las manos en el lavabo común, espetóle a quemarropa una de sus compañeras de taller:

—Oye, *mon vieux*—apelativo de cariño, muy común entre personas de confianza—¿tú no has sido cura? Aquel tu rincón parece un confesionario.

—Señora mía — responde el P. Rogatien — quizá sea eso más cierto de lo que pensáis.

—¿Lo veis? No afirma lo contrario.

—¡Bah! quién sabe—replica otra—. Tal vez es un fraile; pero lo que es un civil (seglar) ciertamente que no.

—Cura puedo no serlo; pero sí, cristiano sincero y a carta cabal.

—También lo soy—exclama la que le habla tomado por sacerdote—. Si usted conociera a mi madre... Es una verdadera monja.

Y, como una de las obreras soltase una cuchufleta a propósito de los curas, aquélla que por tan cristiana se tenía, lanzó con toda indiferencia una frase de burdel, enteramente pasional. Y, sin más transición, preguntó al *prêtre-ouvrier* con toda naturalidad:

—*D'oué êtes vous?*

Y resultó que ambos eran paisanos y que desde ese día no olvida el P. Rogatien el alma desdichada de esa cristiana olvidadiza.

Al cabo de una semana, ya está el P. Rogatien, a su parecer, más enharinado en el ambiente obrero, que el propio P. Hubert. El contra-maestre guarda con él mucha deferencia, que no deja de llamarle la atención. Y todos los compañeros de trabajo le van resultando grandemente simpáticos.

—*Le bon Dieu est bon. La vie est belle.*

En pocos días ha podido sondear muchas almas. Nunca pierde la oportunidad de manifes-

tar sus creencias religiosas, aunque su interlocutor sea un comunista convencido, que hasta los trece años fué tiple de coro y que ahora tiene por supercherías (*côneries*) la Iglesia, los curas y el M. R. P. (Movimiento Republicano Popular).

El día 2 de enero, fuertes apretones de manos y votos efusivos de las muchachas que desean al P. Rogatien una mujer a mitad de año. Según costumbre del taller, tiene que abrazar a su paisana (no alarmarse: frisa en los 60) pero rehuye hábilmente todas las demás ofertas.

Del taller ha hecho su celda. Ruega en él continuamente por sus compañeros de trabajo.

—¿Qué inconveniente hay—arguye el P. Rogatien—en buscar a Dios entre el zumbido de las máquinas y la sordidez del trabajo mecánico? ¿Por ventura no es la misión del sacerdote obrero poner las maquinas en estado de gracia y reconciliarlas con Dios?

LA NUEVA OBEDIENCIA.

El *prêtre-ouvrier* se ha calificado de hábil soldador; el 7 de enero es promovido de categoría; pasa a otro departamento del mismo taller 21. Hasta ahora entendía en contadores de gas,

alemanes; ahora tendrá que habérselas con los contadores franceses Sigma A.

El ambiente social es otro: más agitación, más vida, más silbidos y relinchos (!) y cantilenas de los obreros cuando pasa por delante o al lado una mujer. Y pasan muchas. El P. Rogatien, solo, en su mesa de trabajo, mira y observa: mujeres a la derecha y a la izquierda, mujeres en la mesa de enfrente, mujeres en las de atrás. Allí está la joven NESTLE, que no se ha educado entre Ursulinas precisamente. Madre antes del matrimonio, provocativa en sus gestos y de recio lenguaje. Pero obra inconscientemente. Cuando sepa que el P. Rogatien es sacerdote, le pedirá perdón de sus procaçidades y se conducirá con él muy correctamente.

PAQUITA, española refugiada, procedente de los campos de concentración franceses: alma religiosa, pero que maldice del clero y de Franco.

GINETTE, muchacha de 22 años, difícil de traer a mandamiento. Su ilusión es el baile y... el hombre. Fácil presa para todo moscón. Pero su alma es generosa. Practica la caridad a su modo y con sacrificio.

MARÍA, joven bretona que, después de abandonar la tierra de sus mayores, perdió su fe y su inocencia. Madre soltera y enredada con un tercero.

JUAN, buen muchacho, del Norte. Tuvo la desventura de que su mujer le abandonara a los tres meses de matrimonio. Cuestión de esperar dos años — comenta tristemente — para obtener el divorcio y unirse a otra. Le interesan todas. Es inteligente y culto.

CHARLOT, el espadachín, menos fiera que le pintan.

(Cuando se entere de que soy sacerdote, buscará cualquier pretexto para charlar conmigo. —¿Sabes? Me bauticé porque me llevaron a la Iglesia; pero desde entonces no he vuelto allí).

REMIGIO, jefe de grupo, prototipo de trabajador concienzudo y asiduo.

MAURICIO, contraamaestre, el ídolo de sus obreros, católico ferviente.

Y ese ambiente de miseria moral, que se abate pesadamente sobre el alma del P. Rogatien, el sacerdote obrero debe regenerar con su vida de sacrificio, antes que con su oratoria.

—Estoy convencido de que la Misión de París es una institución eminentemente contemplativa.

IV

ME DECLARO A MI COTERRANEA

El 10 de enero, mientras me dirigía a tatar un bono de trabajo, me cruzo con mi paisana:

—¿Cómo va eso, amigo? ¿Se va acostumbrando?

—Todo marcha a maravilla.

—Sí, pero algo falta siempre para ser feliz.

—¿Qué?

—Una mujer.

—¿Una mujer? V. sabe que eso no me llama mucho la atención. Vivo feliz sin mujeres.

—¿Cómo así?

Suelto una carcajada y continúo mi camino. A poco de sentarme de nuevo al trabajo, vuelve mi paisana y vuelve con su tema:

—Entonces ¿algún lance amoroso te ha desengañado?

—No, por cierto. Mi caso es singular.

—¡Ah! *m. alors.*

Sintiendo yo su contrariedad y viéndome ya acorralado, vacilo, reflexiono y... allá va:

—Escuche, señora: ¿Es V. capaz de guardar un secreto?

—¿Cómo no? Se lo prometo.

—Bien. Se lo diré. Yo soy fraile, capuchino y sacerdote.

—¡Ah! *m. alors.* Perdone, no lo sabía... ¡Y yo que os dije tantas *conneries!*... También mi hijo vistió la sotana en el seminario de Pontchâteau. Pero salió y a poco murió.

Una lágrima gruesa se desliza por sus mejillas. Yo le explico el porqué de mi vocación obrera: soy amigo de los obreros; quiero ser su Padrecito.

—Le recomiendo el más riguroso silencio.

—No pase cuidado. Se lo juro por la cabeza de mi padre.

¡Pobre cabeza de su padre! A la media hora, cuatro mujeres estaban al corriente de todo. Y la misma mañana había llegado la noticia a oídos del contraamaestre, aquel Mauricio, católico sin miedo y sin tacha. Entonces recordé la fábula de La Fontaine "Les femmes et le secret".

—Desde el primer día reparé — comenta

Mauricio—y repararon mis compañeros, en que su educación no era la de un proletario.

—¿Pero, es que tengo cabeza de cura?

—Indudablemente.

Cuando lo pienso, desearía que mi mentón se volviera de través y mi nariz torcida, a ver si entonces cobraba aires de “prolo”.

—Has hecho bien en venir—recalca Mauricio—. Se ve que la Iglesia no duerme. Esto alegra el alma y ensancha el espíritu.

Y se inicia la procesión.

REMIGIO, el obrero pundoorcso, buen cristiano hasta los cuarenta; pero envenenado por la prensa comunista desde hace cuatro años. Se desata en improperios contra el clero, cuya castidad, es para él, un burdo engaño y cuya riqueza y aburguesamiento son un guantazo al rostro del pobre. Descarga ante el P. Rogatien toda su conciencia. El *prêtre-ouvrier* defiende airoosamente la cuestión de principios, aunque para llegar a una *entente cordial* haya de reconocer ciertas flaquezas.

MI DECLARACIÓN PÚBLICA.

Me he ganado las simpatías del jefe de equipo, que desde ese día trabaja a mi lado, porque *ça fait plaisir de causer un peu*.

El día 15, mientras se lavan las manos después del trabajo, obreros y obreras discuten sobre los desengaños del amor.

—Para mí — dice una de ellas — no existe amor verdadero más que en el cine.

—Mi mujer—replica Juan—me abandonó. Pero no me importa.

—He ahí—interviene el P. Rogatien asiendo la ocasión por los cabellos—algo que nunca podrá acontecerme.

Parece que muchas no se han dado por enteradas. Y continuó:

—Naturalmente; porque yo soy fraile.

—¿Vd. es fraile?

—Sí, capuchino soy.

—Mira por dónde—dice Berta—. Al hablar de Vd. siempre le decíamos “el cura”.

—Parecía que mientras ajustabas los contadores, estabas diciendo misa.

“Psicología formidable la del pueblo, que todo lo observa, todo lo ve y que termina por saberlo todo”.

EL DESFILE DE MODELOS.

Y desde aquella declaración pública, no hubo quien no deseara interviewar a *le moine*. El jefe de taller tuvo que llamarles al orden.

Por allí desfila CHARLOT, el que desde los quince años *a couché avec les femmes*. Y que ni se ha enmendado, ni tiene propósito, de tales truhanerías, pese a los estigmas que el vicio ha impreso en su cuerpo. Nunca le preocupó la religión ni se inquieta lo más mínimo porque hubiese de morir dentro de media hora.

Pero sus hijas se educan con monjas y no consiente que dejen la misa del domingo ni omitan una sola práctica religiosa. Es un hombre sin personalidad, pero franco y sincero. Puede redimirse.

JUAN, el mujeriego, viene a continuación de Charlot.

—¿Tú vas a hacerme creer que los curas no tienen mujeres como los otros? A mí me gustan demasiado las chicas, para creer que los demás son de otra veta. Y si no, que te pongan en la ocasión.

—Entonces, ¿crees que yo soy como tú?

—No digo tanto; pero tú estás hecho del mismo barro que los otros.

Juan es un muchacho bretón en quien aún quedan rescoldos de su fe cristiana.

—Yo haré venir un sacerdote antes de mi muerte; soy católico y quiero morir como católico.

No por eso dejará de hacer sus insinuaciones a las muchachas del taller, aunque luego protes-

te porque todas están *pourries*; y porque todo termina en hastío, vaciedad y remordimientos de conciencia.

Cierto día se presenta en el taller un obrero, nuevo y viejo. Ignora la condición sacerdotal del P. Rogatien, el cual le había ya manifestado que era cristiano y muy adicto a la Iglesia. A esto replica el obrero con una terrible andanada, a voz en grito:

—*Ah, les curés, ce sont de salauds, des baudets, des profiteurs. Il faudrait tous les fusiller.*

Todo el personal está escuchando. El P. Rogatien sufre la granizada entre sonriente y sonrojado.

—Si los curas se aliaran con los comunistas, con los pequeños, con el pueblo, todo el mundo se iría tras de ellos. La Biblia la conozco muy bien. Es lo más hermoso; pero los curas no la practican. Ellos van del brazo de los patronos y del M. R. P.

—Amigo, me ofendes. Yo soy fraile; y trabajador y obrero como tú; dirás que, al menos ahora no estoy con los patronos.

—A ti te respeto. Tú has comprendido el mensaje. ¿Pero los otros?

Y aquí se enzarzan ambos en una discusión, amable y defensiva por parte del *prêtre-ouvrier*; pero agresiva por la del contrincante. Los demás obreros sufren por *le petit-père*.

—Mira, no hagas caso. Nadie le puede estomagar. Hay que dejarle desahogarse.

Y el P. Rogatien acepta estas invectivas para sentirse más solidario con el clero, y más consciente de la propia responsabilidad.

—Usted sí que practica la Biblia—concluye aquel pobre desabrido—. Jesús era obrero como uno de nosotros. Los demás sacerdotes no son otros Cristos. Jesucristo es usted, no los otros.

Poco a poco se va granjeando el P. Rogatien las simpatías de todos. Un cigarrillo le basta para que el anarquista utópico, idealista, pero de rectitud excepcional, le abra anchamente las puertas de su conciencia.

No menos idealista y recto es FERNANDO, antiguo militante del partido comunista. Tiene 21 años. Sabe mucho de la vida de Jesús y de su doctrina, que, en su pensar, ha sido traicionada por el clero. No siente especial antipatía contra él, sino contra su alianza con los ricos, porque un recto sentido de justicia le domina. Y él no puede consentir que tan duramente se explote al obrero.

Recogió en un albergue más de 150 niños vagabundos y hambrientos; y abandonó la institución por él fundada, porque sus compañeros pensaban más en el baile que en sacrificarse por sus prójimos. Es un alma ansiosa de verdad. No cree en Dios; pero su conciencia le tortura.

Al cabo de tres meses, el *prêtre-ouvrier* ya se cree transformado; se halla a gusto entre los obreros y éstos le quieren y se han habituado a trabajar y alternar con *le moine*. Ha pasado el duro trabajo de desbaste y cincelado de las primeras semanas. El alma del P. Rogatien está casi esculturada a lo obrero.



V

APOSTOLADO DEL CIGARRILLO

—*Bonjour, mon petit frère* o —*Bonjour, mon vieux*, es el cordial saludo con que cada mañana reciben al P. Rogatien sus compañeros de trabajo.

Alternamente, canta, silba como todos, en cuanto la decencia le autoriza. La ronda de consultas y de entrevistas no cesa un solo día. El bueno de GABY, que acaba de salir de la cárcel, en la que estuvo recluso por haber participado en un desfalco de 600.000 francos, acude a *le petit-frère en demanda de colocación*, digna y estable.

Con harta frecuencia preguntase el P. Rogatien si ha mejorado el ambiente desde que hay un sacerdote en el taller. Los obreros continúan

en su trato mutuo con las mismas cru-
dezas, insinuaciones y chistes de doble
sentido que antaño; pero guárdanse muy
bien de narrar obscenidades cuando él está
presente. Muchos de los prejuicios contra la
Iglesia han venido por tierra; ya no la zahieren
con tanto veneno. Es para ellos algo incom-
prendible y maravilloso que un sacerdote, un
hombre de carrera, que podía haberse estableci-
do de escribiente o de contable, quiera trabajar
como simple obrero manual.

- *Il faut tout de même qu'il y croit*—, comen-
tan los obreros.

Es evidente que le obsesiona su ideal reli-
gioso.

FERNANDO, aquel blasfemo empecatado, el
enemigo fiero de la Iglesia, se ha convertido en
el mejor escudo del *moine*. Sus compañeros han
dado en llamarle *le curé*. Ha llegado a persua-
dirse de que la doctrina de la Iglesia es neces-
aria para elevar el nivel obrero, para espirituali-
zar sus anhelos, pues *il n'y a que l'amour qui
peut faire ce travail. Il n'y a que l'amour...*

Fernando acude asiduamente a los círculos
de estudio ¹ de la barraca de los Padres y agra-

1. Desde hace un año dejaron de funcionar estas charlas
apologéticas. No estaba aún el horno caldeado para cocer tales
hogazas. ¿Falta de preparación en los obreros? ¿Falta de reposo
en los Padres para poder atenderlos? No pude averiguar concre-
tamente el motivo de la suspensión de aquellos círculos de estudio.

dece cordialmente al P. Rogatien sus oraciones: *Vous faites bien de prier pour nous... Moi... je ne sais pas comment faire pour prier.*

GABY, aquel muchacho de 22 años, hastiado de la sociedad y misántropo a su pesar, vacío de toda preocupación religiosa, huérfano en el mundo, sin calor en el alma, se acerca al *prêtre-ouvrier*. El P. Rogatien le ofrece cigarrillo tras cigarrillo; el muchacho llénase de asombro; gradualmente se va desdibujando entre el humo del tabaco aquel rictus de displicencia impreso en sus labios.

—*Vous êtes formidable;* es la primera vez que encuentro un tipo como usted—exclama entre bocanada y bocanada el muchacho.

Y aquellos cigarrillos le van ganando la voluntad; y con cada chupada va entrándole en el alma, lenta pero incesantemente, una nueva idea religiosa, un nuevo pensamiento sobre la caridad cristiana y una nueva razón de optimismo en la vida:

—Antes tenía yo otra idea de la religión... ¡Ojalá fuera yo como usted! ¡Quién pudiera tener su fe, creer en algo que cambie y dé sentido a mi vida!

Por desdicha, hay en el taller una Susana, casada hace cinco meses, que le sorbe los sesos. ¡Pobre Gaby! Amenaza con matar a su marido, porque ella le rechaza valientemente.

Y como Gaby, hay un JUAN MOREL, que trata de divorciarse por las infidelidades de su mujer.

Y una Elena, madre soltera, amancebada con un joven bretón, cristiano como ella.

El P. Rogatien ha conseguido que se avengan a casarse por la Iglesia.

Y otra bretona, MARLA, que se dice católica pero que vive en adulterio, aunque dejó su marido *par charité*, por no serle una carga en su pobreza. Y otra, y otras que con el país natal abandonaron sus prácticas religiosas; pero que sienten nacer en sus conciencias el remordimiento, cuando el P. Rogatien les habla de su fe cristiana.



VI

EL P. ROGATIEN, MIEMBRO DE LA COMI-
SIÓN EJECUTIVA DE LA C. G. T.

Entre mis compañeros de taller hay un muchacho jocista, el único de la "Continental". Un buen día (9 de marzo), conduce del brazo a nuestra barraca a un viejo comunista, Mr. Garçonnet, hombre de faz angulosa, de palabra franca y vehemente, que cae sobre el interlocutor como una granizada.

En la barraca está solo el P. Rogatien. Entra el militante del Partido Comunista; se sienta en la colchoneta de paja y comienza su monólogo:

—Yo soy franco; no tengo ninguna simpatía

por la religión. Milito en el Partido Comunista, pero respeto las ideas de cada cual. Cada uno es libre de pensar como se le antoje.

Es un individuo que en su infancia fué cristiano sincero, pero que perdió la fe por la lectura de dos obras de l'abbé Turnel. El resto... fué madurando al calor de las pullas de "L'Humanité". A la profesión de fe comunista contesta el P. Rogatien con la suya sacerdotal. Háblale de la predilección de Cristo por los pobres y los desheredados, de los motivos que a él le impulsaron a vivir como obrero en la fábrica, de la comunidad de reivindicaciones obreras en la Iglesia y en el Comunismo.

—¿Por qué no hemos de solidarizarnos en la fábrica, cristianos y comunistas, sobre el plan práctico de tales reclamaciones?

Por eso él, sacerdote y obrero de Cristo, no ha tenido inconveniente en firmar el carnet de la C. G. T., a trueque de conseguir la justicia social.

—Amigo mío — concluye el viejo militante lleno de emoción—, hoy mismo he de proponer tu candidatura para la Comisión Ejecutiva de la C. G. T.

Al siguiente día, vuelve aquel obrero con su mujer y sus hijos y con una silla en la mano. Había reparado en la miseria de la barraca de los *moines* y por ahí él no podía pasar. En fe-

chas sucesivas hará una cerraja para la puerta de entrada, reparará la bicicleta, el calzado de los Padres... En fin, un caso de colaboración estrecha del clero y el comunismo...

El 18 de marzo se presenta el bueno de Garçonnet a los miembros de la Comisión Ejecutiva de la C. G. T .

—Os juro que ese *moine* es un hombre sincero; es muy instruido y podría defendernos mejor que nadie.

El secretario le replica:

—*Pas de curé avec nous...*

Pero Garçonnet no ceja:

—En todo caso, si viene a buscarnos las cosquillas, con eliminarle, todo liquidado.

Por fortuna, en la C. E. hay un cristiano ferviente y revolucionario, delegado cegetista, M. Morin, que monta en cólera ante la necia actitud de sus compañeros. Sabe perfectamente la ventaja que para la religión supondría un sacerdote miembro de la C. E.

—¿Por qué vosotros, que predicáis la política de la mano tendida para con la Iglesia, rehusáis la de ese fraile? Todos los trabajadores tienen derecho a participar en la C. E. desde el momento que están sindicados. Si os emperráis, presento la dimisión.

Y la dimisión de Mr. Morin, delegado de todos los contra maestres y jefes de equipo, sería

la ruina de la C. E. Acceden, ante la amenaza, a que se someta el caso a votación.

Por la tarde, reunión del Comité. Nuevas y violentas discusiones. Garçonnet y un anarquista son los mejores apologistas del P. Rogatien. Se gana la votación por 32 votos sobre 36 a favor del *curé*. Sólo resta que la Asamblea General de la C. G. T. ratifique la elección, para que tenga validez, según sus estatutos.

Y ahora empieza la obra de zapa de los dirigentes comunistas. Es una verdadera campaña electoral contra *le moine*. La calumnia, el soborno, las amenazas, todo es lícito a trueque de impedir la aprobación de la Asamblea General. Nadie más sañudo contra el *prêtre-ouvrier* que la delegada comunista del comité local. El P. Rogatien espera tranquilo. Dios sobre todo. Pero, en cambio, Fernando, aquel joven de tan recto sentido de la justicia, no puede sufrir con paciencia la campaña de calumnias y se encara con la delegada. Reclama un tribunal de honor, porque él quedó envuelto en la calumnia y exige reparación de actuación tan indignante.

Mas luego se ve asaltado el valiente muchacho por el jefe comunista de Colombes que le trata de cura y le amenaza con el paredón. Pero Fernando no se arredra. Y después de agotar toda su dialéctica, le asesta, como un mazo en la nuca:

—*Pour vous, communistes, m. et tres fois, m.*

El 21 de marzo se celebra la gran Asamblea General. Acuden comunistas, socialistas, anarquistas; muy pocos en número. Los comunistas la tramaron de forma que por ellos pudiera quedar la mayoría. Del taller del P. Rogatien solamente pudo asistir la delegada comunista.

La sesión fué borrascosa. Las invectivas entre comunistas y socialistas, feroces y pintorescas.

El delegado comunista de Colombes ataca violentamente la candidatura del P. Rogatien calificando a los *prêtres-cuvriers* de quinta columna de la Iglesia, de elemento disolvente que busca la disensión entre los obreros.

El P. Rogatien, calmoso y sereno, aunque un tanto acoquinado, toma sobre sí su propia defensa. A medida que va hablando, va captándose las simpatías, salvo las de los irreductibles—algunos comunistas—. Se sienta, reanúdanse las discusiones y se ataca en ellas a Mr. Garçonnet por su amistad con el *moine*.

Garçonnet pide la palabra. Alega que tras de largas discusiones con el fraile ha llegado a la conclusión de que el fraile les defenderá en todo momento y de que Cristo es el primer comunista. Por eso adoptó él la táctica de la mano tendida. Y, dirigiéndose al secretario de la

C. E., remachó su argumentación con estas palabras:

—*Et toi tu es un salaud.*

Procedióse a la votación. De 500 obreros, solamente 70 participaron en ella: 49 votos contra el P. Rogatien y 19 a su favor. La táctica comunista parecía haber triunfado. Mas, por breve tiempo

“MARZO-JULIO DE 1947”

Tras la accidentada sesión en que se excluyó al P. Rogatien de la Comisión Ejecutiva del partido, los jefes comunistas se percataron de su error y de su táctica desatentada. Las discusiones desbordaron el local y continuaron por fábricas y talleres:

—Después de todo, es un trabajador como otro cualquiera. No hay quien le ponga tacha; cumple con su deber como uno de nosotros.

—Además— remachaban algunos, como excusándose— nos cogió el acto enteramente desprevénidos...

Cuando se reanudó el trabajo, nadie pudo reprimir una mirada de simpatía al pobre *moine*. Alguno, más impulsivo, se llega a él:

—Mi viejo ¿sabes? esos son unos... Yo es-

toy contigo. Esos comunistas no hacen más que j. en todas partes.

Y el P. Rogatien ha de encalmarle, predicando el amor:

—*Mon vieux, attendons...*

Y vuelve a girar la rueda de simpatizantes que van a expresarle su sentimiento por el percance.

Iniciase en los talleres y en las oficinas, en sión de protesta, un movimiento de rebeldía contra la C. G. T.: amenazan con retirarle la cotización. Garçonnet va mostrando, a quien quiera leer, su carta de dimisión del partido comunista. Y hasta hay un jefe de equipo, socialista hasta las cachas, que dice a sus obreros:

—Ahora debiera el fraile organizar una célula de la C. F. T. C. (Confédération Française de Travailleurs Chrétiens) para darles en las narices.

Merced al precitado incidente, el P. Rogatien hase hecho célebre en toda la fábrica y ha ampliado grandemente el círculo de sus simpatizantes.

--Una vez más se ha dejado sentir la amorosa protección de la Divina Providencia.

Poco a poco se va serenando el tumultuoso mar de las discusiones y la vida vuelve a discurrir por sus cauces normales; y las visitas al *prêtre-ouvrier* se reanudan.

VII

MODALIDADES DE APOSTOLADO

Escandalízase el degenerado Juan por el matrimonio de Josefina Baker. No se aviene tampoco a sufrir: dentera, porque Adam mordiera una manzana, ni le importa más el catolicismo que el fetichismo o el hinduismo. Y como Juan piensan o dejan de pensar muchos otros. Con ellos discute el P. Rogatien, pero como se tercián consecuencias de orden moral, no dan su brazo a torcer. Por eso, el sacerdote obrero nunca provoca la controversia; responde cuando se le pregunta y, si halla terreno abonado, continúa su siembra evangélica. Su método preferido de cristianización no es el de la palabra, sino el del ejemplo. Sus camaradas no han de ver a Dios

en sus discusiones, sino en sus ojos, en su mirada, en su compostura, en una palabra, en su vida entera. San Francisco, con un mono de trabajador, no pronunciaría grandes discursos;² pero sus compañeros reconocerían en él la obra de Dios... No es que se desdeñe o se renuncie a la ciencia teológica. "El *prêtre-ouvrier* debe saber responder a todas las objeciones y encender la antorcha divina en las almas que se lo demanden".

"CUARESMA DE 1947"

No podemos ayunar; pero nuestras oraciones son más reiteradas e insistentes. Comienzan a afluir visitas a la barraca; hay que acostarse tarde y madrugar antes del alba. Por otra parte, los contadores no pueden cesar en su rodar continuo, si se ha de atender a las demandas. ¿Cómo? Sacrificando el mismo descanso sabático. Fuerte es el espíritu, mas la carne es flaca; y aquel organismo batido por tan rudo trabajo quedase k. o. y el P. Rogatien ha de guardar quince días de reposo, por prescripción del médico de la fábrica.

2. «S. Francisco ha dejado el Paraíso», obra de singular actualidad que aparecerá en breve. (Nota del Editor).

VIII

UNA BICICLETA AVERIADA

Malas lenguas, aprovechando su ausencia, lanzan la especie de que el alcalde de Nanterre va a echar de su barrio a los *moines*; que han vapuleado al P. Cesaire; que... en fin, soplan aires cargados de miasmas comunistas, y el ambiente se va enrareciendo. Pero el P. Rogatien regresa a su puesto. La acogida es cordial, aunque no por parte de todos.

Una mañana, como en días anteriores, deja su bicicleta a la entrada de la fábrica. Al término del trabajo, pasa a recogerla. El diablo ha enseñado los cuernos. Alguien, solapadamente,

la había sustraído por unos momentos (pese a la vigilancia del portero) y, al volverla a su puesto, la había dejado sin guardabarros, con varios radios de menos y con la cadena hecha una maraña. ¿Qué hacer? Por el momento, tascar el freno. Pasaron dos días; faltaba uno para la Asamblea General Obrera. Consulté con el contraamaestre y con el jefe de equipo y ambos me aconsejaron que hablase públicamente del caso, al día siguiente.

ASAMBLEA GENERAL OBRERA.

La concurrencia es nutridísima. El presidente invita a los camaradas a tomar la palabra. Entonces, el P. Rogatien, ante la expectación general, se levanta. El auditorio queda con el alma en vilo. Hay un sordo cuchicheo:

—El fraile se ha puesto en pie. ¿Qué dirá?

—“Mis queridos camaradas: Vosotros sabéis sobradamente quién soy yo. No se me oculta que mi presencia provoca en unos simpatías y antipatías en otros. Es normal. Muchos de entre vosotros, que no comparten mis ideas, hicieronse encontradizos conmigo o fueron en mi busca. Departimos amigablemente y como bue-

nos camaradas, con amplia libertad de discusión; y nos hemos entendido. El que de entre vosotros esté vacilante o rehacio, que haga la prueba: veréis cómo acabamos por entendernos. Pero lo que yo no acierto a comprender es que, en razón de mi condición de sacerdote cristiano, me destrocen la bicicleta... (*Indignación de los camaradas simpatizantes*). Sí, soy sacerdote; soy cristiano! Y nunca he jugado sucio. Pero nosotros, los cristianos, no somos seres degenerados, no somos los *ertzarts* (sic) de los trabajadores. Tenemos nuestra alma en nuestro almario, nuestra dignidad y nuestra hidalguía, como todo el mundo. Tenemos el mismo derecho que los demás a que se nos respete. Camaradas: yo os amo a todos; yo os respeto a todos, seáis lo que seáis. Respetadnos, pues, a nosotros. También yo defiendo la actitud de la mano tendida. Por eso vine entre vosotros. Pero si el tender la diestra es ocasión de recibir un puñetazo en la otra mano, por ahí no transijo. Camaradas: esto es todo lo que tenía que decir. (*Una estruendosa ovación acoge sus últimas palabras*)".

Y la *jaculatoria* más efusiva con que se invoca al autor o autores de la fechoría es la de *salaud*.

Los testimonios de simpatía afluyen sobre el P. Rogatien. Y ante él expresan su indignación

Berta, y Juan, y Mauricio, Remigio, Jagot, y Dédé.

Al siguiente día, se le presenta el secretario sindical, comunista rabioso, feroz enemigo de los curas, que desearía verlos en la horca, sin perdonar al propio Cardenal Suhard (estamos en 1947):

—Te juro que no ha sido ninguno de los nuestros. Los conozco bien. Habrá sido alguno de los tuyos, que siempre andan a la greña con nosotros, porque atacamos a los ricos.

Y, cambiando de tono y con la sinceridad de un amigo, continúa:

—Ya has dado el primer paso, para ser uno de nosotros: has venido a trabajar como los proletarios. Sólo te falta el segundo: *viens coucher avec les femmes*.

Y el propio secretario sindical se ofrece a hacer la presentación.

—Mira, amigo—replica el P. Rogatien—, cuando se posee a Cristo, sobran las mujeres. Nuestros amores son muy superiores a esos otros.

Sin duda que el secretario tentador no le entendió ese lenguaje. Y el buen P. Rogatien se entristece, porque no sabe cómo componérselas para ganar esas almas.

—*Combien est vraie cette parole. Il n'est qu'une tristesse, c'est de ne pas être un saint.*

¿UN CIGARRILLO?

Al P. Rogatien, experto en rodaje de contadores, le han encomendado un aprendiz: duro pone el ceño cuando viene a sentarse a su lado. El P. Rogatien le ofrece un cigarrillo, y al bueno de Blondin se le desarruga el entrecejo. Mas no se deja ganar en generosidad y paga cigarrillo con cigarrillo. Trae los mismos prejuicios sobre el clero y aun sobre las monjas, que los demás comunistas; y las mismas ideas sobre el amor libre. Mas, ¿quién le ataja, cuando inicia sus canciones de *boite de nuit* o cuando suelta una grosería? Aquellos mismos Juan Morel, Fernando y Jacques Defrenet, que tanto debían guardarse arriño de tirar piedras a tejado ajeno. Mas, desde que frecuentan la barraca de los *prêtres-ouvriers* han cambiado y han saneado inconscientemente la atmósfera del taller.

“Hay un ambiente de seriedad que influye sobre los otros camaradas y singularmente sobre las mujeres”.

IX

LA BARRACA FEMENINA.

Una joven valiente, Anita, de la *Mission de Paris*, ha ingresado como obrera en la fábrica. Educóse en Ivry, en el centro dirigido por el P. Laporte, Superior de la *Mission de Paris*, en Kremlin-Bicêtre.

Siempre con la sonrisa a flor de labios, dispuesta en todo momento a cualquier trabajo, a trueque de aliviar a sus compañeras. En poco tiempo se ha granjeado su voluntad.

Una de ellas es esa muchacha de 18 años, antigua militante de la J. O. C. El ambiente de la fábrica le ha pervertido y ya no sueña sino con muchachos. Pero Anita no dejará escaparse tan buena presa. Simone, también de 18 años,

es otra de las jóvenes que trabajan con Anita y *qui cherche une chambre pour pratiquer la prostitution*; y con ella está aquella Ginette, mujer sin bautismo y sin pudor; por suerte, tiene Anita con quién compartir sus penas: Paulette, joven asimismo de 18 años, inocente y buena, que acaba de salir de un pensionado de monjas.

Sobre todo ese mundo en ciénaga fué trasplantada Anette, lirio de pureza. No está sola: vive en comunidad con otras cuatro heroínas de la *Mission de Paris*, en una barraca que, por las diligencias de nuestros hermanos de le Petit Nonterre, pudieron habilitar. Al regreso de la fábrica, dedícanse a visitar los hogares de su barriada: en una casa lavan la ropa, en otra la vajilla, extremejan en otra los suelos, a otra llevan el consuelo de su palabra y en todas partes irradian la caridad de Cristo. Su barraca es un centro de atracción: allí se acude a charlar, a aliviar las penas del alma, en demanda de ayuda material... Su caridad cristiana comienza a fructificar. Mujer hubo que, tras largos años de absentismo de la Iglesia, ha vuelto a su regazo, sin temor y sin estremecimiento.

X

EL APOSTOLADO LAICO

"Al visitar estas comunidades de la *Mission de Paris*, se respiran auras de Evangelio. ¡Cómo anhelamos que se multipliquen estos misioneros laicos, dechado de caridad inagotable, verdaderos testimonios, a pleno sol, a pleno aire, de la verdadera esencia del Cristianismo!"

Un comunista convertido por nuestros *prêtres-ouvriers* enfoca certeramente el problema del apostolado seglar. Para este nuevo cristiano es imprescindible tender un puente entre las dos márgenes de la corriente humana: la del hombre (en su caso, el obrero ateo o indiferente) y la del clero católico: ese puente ha de susten-

tarse sobre los hombros robustos de los atlantes, seculares del Cristianismo.

Distingue el excomunista dos clases de misioneros laicos: los célibes, con voto de castidad y ordenados de minoristas, y los hogares misioneros, cuya tarea principal consistiría en visitar a las familias no cristianas, para aliviarles en sus necesidades materiales y morales, en sus conflictos, en su penuria...

NECESIDAD DE ESTE AFOSTOLADO.

En carta del 30 de noviembre de 1947, este excomunista se expresa en los términos siguientes:

El punto de partida de mi conversión fué el haber tomado contacto con los sacerdotes obreros. Por ellos conocí esta nueva faceta de la Iglesia.

Antes consideraba yo a la Iglesia como un organismo fósil, sin vida exterior aparente y sin una mística bastante a hacer vibrar el alma del obrero y proporcionarle la verdadera libertad. Se me antojaba la Iglesia—y es la opinión más generalizada—una sociedad replegada sobre sí misma, aislada de la vida de los trabajadores, por un aparente aburguesamiento en pugna con

el proletariado (sumido en la miseria) y en estrecha alianza con las clases privilegiadas.

La aparición de los sacerdotes obreros en las fábricas ha abierto una profunda brecha en ese bastión de prejuicios y ha franqueado nuevos horizontes al obrero, consciente de su condición de hombre, que piensa y que reflexiona.

Mi primera reacción fué la de espiar a este sacerdote, que me parecía un enlace de sus jerarquías, con fines propagandísticos, singularmente de orden político. Reacción espontánea, que pronto se extinguió.

Sumido en mil cavilaciones, me preguntaba yo por qué un sacerdote, de la talla intelectual del P. Andrés, habría querido compartir plenamente la vida del obrero, cuando por su formación cultural podía aspirar a puestos más honoríficos y mejor retribuidos.

Le conocí en el sindicato y en la directiva sindical, de la cual yo formaba parte; se comentó muchas veces el caso del P. Andrés; mas nadie hubo de ponerle tacha.

Yo he visto al P. Andrés al frente de los obreros al presentar sus reivindicaciones o al manifestarse en masa reclamando una vida más decente. Y ¿quién habría podido recriminarle que, al terminar la jornada de trabajo, se retirara a su convento, y dejara a las masas obre-

ras el cuidado de luchar por su liberación material?

Los primeros aldabonazos de la gracia vinieron a dar en mi corazón, durante mi retiro en la montaña, por motivos de salud, y a raíz de la muerte de mi padre.

Fué el punto de partida de mi vuelta a Cristo. En el mes de agosto visité a mi tío—cristiano salutista—y departí con él acerca de la Biblia; esa conversación me dió nuevos alientos para el combate. Busqué un ejemplar de los Libros Santos y el propio P. Andrés se desprendió del suyo para prestármelo.

Una tarde, al salir del trabajo, hizoseme contradizo el P. Andrés. Yo estaba solo en casa, porque mi mujer había ido al campo. El P. Andrés, que lo sabía, me invitó a su mesa. Me impresionó grandemente su vivienda, tan simple y pobre como la del obrero más miserable. Mis últimas vacilaciones cayeron fulminadas, cuando ví que el P. Andrés rehusaba aceptar el estipendio por una misa, que había celebrado a intención de un pobre viejo.

Desde esta fecha, volví muchas veces a la barraca de los Padres, en busca de paz y de consuelo. Al primer contacto con la Biblia, me percaté de que la mayor parte de mis camaradas viven muy alejados de la verdad predicada por Cristo.

Yo formaba parte de una célula comunista. Uno de mis camaradas era cristiano, mas por falta de apoyo moral ocultaba su fe. Yo le obligué a confesarla.* Entonces me persuadí de que no bastaba que el sacerdote obrero trabajara en la fábrica; pues aún quedaban muchos trabajadores que no veían en él más que un espía del alto clero.

Urgía por consiguiente establecer un enlace entre estos obreros y el sacerdote; de otra forma, el camino les sería demasiado penoso. Entonces surgió en mi mente la idea del apostolado seglar. La misión de este misionero laico será la de un *testigo auténtico de Cristo* en el taller del obrero, en su casa, en su distrito, en sus horas de expansión, en el cine, en el baile, en el café. En una palabra, deberá ser totalmente un obrero entre los obreros, excepto en el pecado.

Al decir *testimonio auténtico de Cristo*, queremos significar que ese misionero debería vivir una vida de caridad integral para sus camaradas, y de pobreza extrema. Deberá ser el confidente de sus compañeros, su apoyo moral, el guía que les lleve al sacerdote de su distrito. Así llegará a persuadirse de que el sacerdote obrero es un hermano que le entiende y que le ama, un verdadero amigo sin segundas intenciones.

Podría haber dos categorías de misioneros laicos:

1.º—*Los misioneros célibes*, con voto de castidad perfecta y con vida de comunidad, al modo de los sacerdotes obreros. Sería muy de desear que participaran algo del sacerdocio, mediante la recepción de las Ordenes Menores. Dos ventajas principales reportaría: un mayor vigor y asentamiento de su fe y una unión más estrecha con la jerarquía eclesiástica, y, por ende, con Cristo. Estos misioneros laicos deberfan ser el alma de la Acción Católica, de los movimientos especializados, tales como la J. O. C. o la J. O. C. F.

2.º—*Los hogares misioneros*, cuya principal tarea consistiría en guiar y aconsejar a las familias no cristianas de su distrito, puesto que, indudablemente, una persona casada prefiere comunicar sus sentimientos con quien tenga experiencia de los problemas materiales y morales de toda familia obrera.

Huelga insistir en que se requiere una sólida formación cristiana y apostólica en estos hogares misioneros. Obligación de una espiritualidad conyugal. Sería de desear que esas familias misioneras se obligaran por una "promesa", que fuera garantía de fidelidad a su encomienda sobrenatural y a sus compromisos religiosos.

"En estas breves líneas—termina el comunista convertido—no hemos hecho sino bosquejar *la idea*. La experiencia dictará el método de

formación que se debe dar a estos misioneros y en qué manera han de ejercer su apostolado".

OPINIÓN DEL P. ROGATIEN.

Opina el P. Rogatien que el laicado misionero es necesario, mas no suficiente. Debe aumentar en lo posible la nómina de sacerdotes obreros. Con ello caerán muchos de los prejuicios contra el clero.

- Nos sentimos muy solos.

Nuestros compañeros nos repiten con demasiada insistencia:

- Tu, sí, que eres un cura de verdad; pero, los otros, ¿qué hacen? (Y aquí sueltan un taco).

No pedimos que todos los sacerdotes nos acompañen en las fábricas; esto sería romper la normalidad; pero que aumente el número; y la mentalidad obrera dará una virazón en redondo.

SIMPATÍA A RAUDALES.

Todos tres, los Padres Andrés, Cesaire y Rogatien, tienen conquistado el barrio.

Prescindo de comentar el caso, para ceñirme

exclusivamente a las notas que nos van sirviendo de guía.

Tras el incidente de la bicicleta, parece que hasta los últimos celajes de odio y de prevención quedaron barridos de los talleres y fábrica del Petit Nanterre. La única atribiliaria es la delegada comunista, que no sufre tanta popularidad; sus camaradas no se retraen de estrechar la mano a *le moine*, que es ya una institución en la fábrica.

—Pero el toque está—dice el P. Rogatien—no en hacerse simpático, que no es difícil, sino en hacerles ascender del grado de la simpatía al de la fe. Porque si esto no conseguimos, no vale la pena que vayamos nosotros a compartir sus trabajos mecánicos.

Gástanle muchas bromas sus compañeros de taller. Días hubo de encontrarse con todos los útiles de trabajo completamente engrasados; y, cuando inocentemente se pringaba con ellos, un estallido general de simpáticas carcajadas coronaba la escena. Remigio, jefe de equipo, socialista empedernido, gusta de embromar al Padre: a veces, el *petit Frère* encuentra sobre su mesa de trabajo el diseño de un patíbulo con esta inscripción: “Les curés au poteau”. Una chanza del jefe.

El propio Remigio suele decir a J. Defrenet:
—Si me dicen a mí que un día tendría un

fraile entre mis subordinados, me caigo de espaldas. Y, sin embargo, ahí tienes a ese *moine*, que es un amigo ideal. Y pregunta al P. Rogatien si todos los frailes son tan simpáticos como él. Y ese reguero de simpatías acompañó al P. Rogatien en la "Continentale", y en los talleres de vagones y en la fábrica de papel (en ella trabajaba desde el mes de septiembre de 1949).

JUSTICIA SOCIAL

Reflejo de esa atmósfera de cordialidad y exponente, al mismo tiempo, del espíritu de justicia social y de caridad cristiana que anima al P. Rogatien es el lance que a continuación transcribimos. (De un salto cronológico nos trasladamos al mes de abril de 1949).

Sucedió en los talleres de reparación de Rhonelle.

Ello es que los obreros que entendían en la reparación de vagones, trabajaban en unas condiciones pésimas de higiene y con salarios no demasiado espléndidos. El trabajo era duro y agotador. Patrono de la empresa, uno de esos *católicos a macha martillo*, pero sin demasiados escrúpulos en achaques de justicia. Al P. Roga-

tien encendábasele la sangre de indignación. Aguantó muchos días y hasta semanas. Y la injusticia y los tratos inhumanos continuaban a la orden del día. Uno de ellos, santiguóse el P. Rogatien más que de costumbre, armóse de valor y se presentó ante su patrono. Cantóle el Evangelio y las Epístolas, aunque sin perder la medida y el respeto... y aguardó la reacción del capitalista. Y la reacción se produjo inmediatamente: expulsión del P. Rogatien de sus talleres. Como reguero de pólvora se extendió la noticia entre los obreros (unos 700). Y su reacción fué también inmediata y espontánea: o el P. Rogatien regresaba al taller o se declaraban en huelga. El patrono tuvo que arriar velas y rectificar.

Y cuando la tormenta hubo amainado, volvió el P. Rogatien a golpear el hierro ¹.

Por fortuna, aquel señor era, en el fondo, mejor católico de lo que él mismo podía pensar. Y las palabras del sacerdote obrero cavaron lo que pareció dura roca y afloró la justicia y la caridad cristiana en vena abundante. En los talleres de Rhonelle, no volvió a conocerse la explotación del hombre por el hombre.

1. Hemos creído oportuno publicar íntegra la carta del P. Rogatien en el II Apéndice a este trabajito.

XI

CARIDAD OBRERA

Los obreros se sienten solidarios en el dolor de su condición social; y su condición de *explotados* los une en estrecha *filergia*, de amor del obrero por el obrero. Ayúdanse mutuamente y con exquisita delicadeza, para no zaherir al que se ve más postergado. Cuando uno de ellos se casa, sus compañeros cotizan voluntariamente, para el regalo de boda.

¡Cuántas veces, aprovecharon mis camaradas, ellos y ellas, una breve ausencia de mi puesto de trabajo, para depositar cigarrillos sobre mi mesa de contadores!

Cierto caluroso día presté mi vaso a un obrero. Berta, que había observado mi gesto, me re-

galó, al siguiente, seis hermosos vasos. No pude rehusarlos, porque lo habría tomado a ofensa. Jamás insinué que lavaran mi traje de faena; pero muchos lunes lo encontré, al volver a la fábrica, bien lavado y reparadas sus averías. Toda muestra de agradecimiento es excusada. Obran con naturalidad y sencillez, como si la cosa no tuviera importancia. Hacen favores a quien los necesita, sin esperar otros extremos de gratitud que el retorno, si ellos se llegaran a encontrarse en semejante situación angustiosa.

Una obrera, que tiene un pequeño huerto, envía tres veces por semana, a la barraca de los *prêtres-ouvriers*, patatas, zanahorias, legumbres...

—Es algo admirable—comenta el P. Rogatien—la sencillez y naturalidad con que estas gentes ejercen sus obras de caridad, pese al paganismo de su alma. ¿Acaso no pueden ser esos sentimientos la levadura de su recristianización? ¡Qué buen asidero, éste de la generosidad popular, para una Religión que, como la nuestra, es todo amor! La caridad es el primer mandamiento. Y ese mandamiento es levadura de la clase obrera. He visto trabajadores que sacrificaron su sábado para ayudar a un compañero a devolver, transportar y reconstruir su barraca. Y más de uno ha cedido a su vecino menos afortunado, gratuitamente o por precio irrisorio, una

parte de su barraca o una habitación para albergue. Práctica corriente entre ellos es el anticipo de productos de consumo a título gratuito. Y, cuando alguno, por cualquier percance—enfermedad, aumento de familia, etc.—se ve reducido a un estado miserable, los otros cotizan; pero tan discretamente, que ni él puede percatarse del momento o momentos de la cuestación, ni sentirse humillado cuando se le entrega lo recaudado; porque también el obrero tiene su orgullo y su sentido de dignidad.

“¿No es este espíritu de solidaridad y de caridad un ejemplo para nosotros? A fuerza de cultivar nuestra personalidad nos hemos replegado demasiado sobre nosotros mismos y no sentimos el impulso del sacrificio por nuestros hermanos.”

Los trabajadores, privados de alegrías francas y de reposo tranquilo, sienten, como nadie, la necesidad de crearse amistades. Buscan alguien a quien confiar sus sinsabores y sus alegrías efímeras. ¡Cuántos de ellos han desgranado el rosario de sus penas ante el sacerdote obrero! Como vaso de perfumes se quiebra su alma ante el *petit Frère*, embalsamando el ambiente con la sinceridad de su confesión: a él le participan sus tristezas más íntimas, sus estrecheces económicas, sus conflictos conyugales, su pesimismo de la vida.

MÍSTICA OBRERA.

La masa no es antirreligiosa; su antagonismo contra toda institución, contra toda reglamentación uniforme, contra todo ese rito externo cuyo simbolismo y cuya razón no se les alcanza, nace de que la masa obrera siente la rebeldía de ser masa. También el obrero tiene su mística, una mística que palpita y borbotlea, pese a las fuertes presiones del materialismo. Esa mística cifrase principalmente en el ideal de su libertad y de su dignidad humanas. El medio obrero no está yermo de cristianismo; pero tal vez duerme estéril, como el trigo de las pirámides egipcias. Los obreros y obreras, aun perdida la fe, encargan al *petit frère* que celebre misas por sus necesidades, por una persona enferma, por una tristeza familiar. Creen en la oración del camarada sacerdote. Y cuando les dice: "Esta mañana dije la Misa por ti", una intensa emoción les invade.

No entienden los más, qué misterios sean esos del sacerdote; pero creen que en alguna parte, fuera de este mundo, su valimiento es eficaz.

CRISIS RELIGIOSA Y CRISIS DE PARTIDOS. ²

El obrero siente hastío de la vida y decepción de todo y de todos. No confía en el clero, cuya caricatura embarneada y grotesca hace a diario la prensa y la propaganda comunista. Está desengañado de la política. La C. G. T. les ha desilusionado y robado sus esperanzas.

Es un hecho indiscutible que el obrero se desentiende cada vez más de la política y sobre todo de la política de partido. Este ha jugado su última carta: el obrero se revuelve contra la coquetería burguesa de sus jefes políticos y contra el pirueteo político de sus mandos. Si la mayor parte de mis camaradas pertenecen aún a la C. G. T., cúlpese a que no todos tienen temple de héroes para sacudir su odiosa tutela; el miedo y el respeto humano les retienen. No menos se van desengañando de la eficacia de las huelgas, que, según su experiencia, sirven para hacer el juego a un partido, no para abastecer su mesa ni para acondicionar su morada.

2. Sin gran esfuerzo limitará el lector el alcance de estas observaciones del P. Rogatien aunque quizá puedan aplicarse, sin gran error de cálculo, a los demás núcleos obreros. Y aunque a veces parezcan desmentirlo los hechos, no debe olvidarse que el obrero por fuerza mayor ha de acatar las órdenes de los dirigentes.

El caso de la fábrica Renault, en que todos los obreros rompieron el carnet de la C. G. T., y el creciente auge de la C. F. T. C., son prueba de la hondura de esa crisis sindical obrera.

TENDENCIAS POLÍTICOSOCIALES DE LA CLASE OBRERA.

Sin quitar importancia al comunismo staliniano, en franco declive, tres son las principales tendencias por las que se orienta el obrerismo:

1.º) La tendencia de inspiración cristiana, encarnada hoy en la C. F. T. C., agrupación obrera que va absorbiendo a todos aquéllos que no han perdido enteramente su fe. La renovación espiritual del mundo obrero sería esperanzadora, si a su influjo se uniera la acción de los sacerdotes obreros y la de los apóstoles seculares.

2.º) La ancha vía natural, sin trochas ni caminos, de inspiración libertaria: el anarquismo. Su mística de libertad es un señuelo que atrae a muchos elementos de espíritu recto y humanitario. Entre los anarquistas hemos podido descubrir ese hondo sentido del hombre, criatura esencialmente libre, rebelde a toda tutela religiosa o política. Quieren a todo trance la liberación

del hombre por el hombre, por la grandeza moral del ideal propuesto. Si los anarquistas no olvidaran el pecado original y la necesidad de la gracia, el cristiano más escrupuloso podría suscribir su doctrina. Los anarquistas que frecuentan nuestra barraca son simpatiquísimos y, no obstante su ateísmo, más cercanos a la religión cristiana que los comunistas. Hay que derribar ese fantasmón del anarquista bebedor de sangre, salteador de caminos y conspirador dinamitero. Ciertamente que son dinámicos, pero tienen una justa apreciación de los valores, rayana a veces en burguesa. "Los teólogos deberían hacer por captar ese fondo cristiano, estudiando la *dogmática anarquista*, a fin de darles la verdadera noción de libertad y de moralidad, que buscan afanosamente y tratan de inculcar en la masa. El movimiento anarquista va tomando cuerpo y la C. N. T. hace notar su presencia.

3.º). Es el trotskismo (P. C. I.) el comunismo extremista y puro. Partido de nueva creación en Francia y de gran empuje. Los mejores de los stalinianos, hastiados de las piruetas de sus jerifaltes, se sienten atraídos por el extremismo del P. C. I.

XII

CONCLUSIONES

No las deducimos nosotros; las entresacamos simplemente del *Diario* del P. Rogatien:

a) SACERDOTES OBREROS: Advierte el P. Rogatien que es absolutamente indispensable a los que formen en las filas de la *Mission de Paris* recoger directamente la vibración del alma obrera, ante la diversa problemática del hombre, en el propio ambiente de la fábrica y del taller. Allí es donde brotan las más auténticas corrientes de simpatía y de comprensión mutua.

b) PREDICADORES: El trabajo, codo a codo con el obrero, limpiaría el lenguaje de la hojarasca retórica, haciéndolo más vivo, directo y concreto. Si hubiera yo de cambiar mi mono de trabajo por el sobrepelliz del orador sagrado, mi predicación sería muy distinta de lo que fué hasta ahora. Tenía razón el Abbé Godin al decir

que la cultura del Seminario nos desgajaba de la masa. Nuestro modo de pensar, de reaccionar, de vivir, es muy diverso al del obrero; y por eso, nuestro lenguaje, expresión de esa distinta psicología, choca con el suyo. Es preciso colmar el abismo que separa ambas culturas.

c) EL OBRERO: El obrero no mastica sus palabras: es sencillo y simple; habla un lenguaje brutal, pero *sincero y franco*. Le horrorizan el protocolo y los cumplidos. Expresa sus sentimientos con palabras vivas como fogonazos, sin remilgos ni rebuscamientos, pero con hiriente realismo.

De él hemos de aprender esa simplicidad, y a desembarazarnos de tanto lastre ritualista de mala ley.

Esa sencillez no está reñida con la más exquisita delicadeza, no etérea, de meras palabras, sino concreta y provechosa, de favores, obsequios, prestaciones personales, etc. Y sin publicarlo a los cuatro vientos. Esa delicadeza exige un profundo espíritu de *abnegación*, espíritu que tantas veces nos ha emocionado. Son liberales y desprendidos, *carecen del espíritu de previsión* y de economía burguesa; gastan cuanto tienen y luego... San Francisco tampoco entendía de economizar para el mañana; se confiaba a la Divina Providencia y a ella se confían tantas veces, nuestros *prêtres ouvriers*, que han

aprendido del obrero el verdadero espíritu de pobreza, de desasimiento absoluto. Y la Divina Providencia entra todos los días por la puerta de la barraca.

Flota en la masa, sobre el grosero materialismo que la despersonaliza, una vaga y confusa *aspiración a un más allá*. Pese al rabioso anticlericalismo y a la perversión sexual de muchos obreros, vibran, en su mayor parte, de entusiasmo, ante un ideal religioso elevado. No son capaces de asimilar profundos razonamientos escolásticos; pero sienten admiración por un camarada que encarna un ideal religioso, sin traicionarlo. Son anticlericales, mas no antirreligiosos. No verán a Dios por el argumento de las cinco vías; pero Dios se les manifiesta en el compañero que lo irradia con su conducta. Buscan, inconscientemente, cristianos que sean auténticos hombres de Cristo: menos apologistas y más San Franciscos.

DEFENSA DEL APOSTOLADO SACERDOTAL OBRERO. ³

La situación obrera exige a voz en grito— afirma el P. Rogatien—que se multipliquen en

3. Los fundamentos místicos de este nuevo apostolado y el porqué de la intervención del P. Rogatien como secretario del comité de huelga los hallará el lector en el último capítulo de este opúsculo.

las fábricas *los testigos vivientes de Cristo*: que sacerdotes y seculares apóstoles se vayan infiltrando en los medios obreros. Muchas objeciones se han suscitado contra el nuevo método de apóstolado.

—¿Cómo— se ha dicho—pueden esos sacerdotes guardar puro su espíritu interior, en esa ciénaga de inmoralidad y de materialismo?

Es innegable que la continua actividad por una parte, y la relativa libertad con que el sacerdote se mueve en esos medios, por otra, crea graves contratiempos a la vida de oración; parece amenazarla de asfixia. Tampoco hay que disimular el peligro de la mujer, que, para algunos, pudiera ser realmente grave. Y esto debe tener presente quien se lance a los puestos de vanguardia. Pero, porque se corran riesgos ¿dejaremos de probar fortuna? Y no sólo eso: ¿es que acaso podemos renunciar a esa aventura que se nos impone? ¿Por qué hurtar el bulto a los puestos avanzados? ¿Acaso puede faltar la gracia de Dios cuando es mayor el riesgo por su gloria? ¿No somos, por otra parte, hijos de obediencia? Tengo para mí que esta vida de sacerdote obrero, lejos de resfriar el espíritu interior, lo aquilata y robustece, porque es mucho más necesaria la fe viva y operante en un medio pagano, que en la soledad y sereno fluir de la vida claustral.

El sacerdote obrero ejercita con su mismo vivir las tres virtudes teologales. ¿Acaso no es pura fe y esperanza lo que le mantiene en ese ambiente hostil o al menos, enrarecido, como testimonio viviente de Cristo, sin la garantía humana de que su obra fructificará en lo venidero? Y, por otra parte ¿tan halagüeños fueron los frutos cosechados hasta el presente? Creo que habrán de transcurrir diez años como mínimo (el canónigo Hollande exigía veinte) para que la semilla rompa esta caparazón de irreligiosidad⁴. ¿Y no es un acto continuo de amor de Dios y del prójimo nuestra presencia en la fábrica, sin compensación alguna de éxitos ruidosos? ¡Hay días negros para el sacerdote obrero!... Pero espera y cree.

El sacerdote obrero ha *descubierto la devoción al Espíritu Santo*. El sacerdote obrero ha de ser una antorcha de luz y de calor siempre refulgente. Tiene que prodigar tantos actos de caridad, tiene que responder a tantas consultas, ha de solucionar tan graves situaciones, que la devoción al Espíritu Santo se ha hecho en él una

4. Ciertamente que no se les fatigó a nuestros hermanos el brazo por bautizar infieles, como a San Francisco Javier. Pero el *petit frère* ha normalizado varios matrimonios entre amancebados; Ginette no puede dejar a su caro mancebo. René, jefe de equipo, ni siquiera estaba bautizado. Catequizó el P. Rogatien, administró el bautismo y bendijo su unión con Raymonde, obrera del mismo taller. Fernando es otro ejemplo del influjo de nuestros Padres. Pero, los frutos sazonados no son muchos todavía.

realidad concreta, precisa, viviente. Un elemento vital de su organismo interior.

¿Que no puede recitar todos los días el Breviario? Mucho se sufre cuando esto acaece; pero su trabajo en la fábrica es una plegaria ininterrumpida, una plegaria de adoración y de alabanzas, con que el sacerdote consagra a Dios toda su obra y la de sus hermanos obreros, por la salvación de la clase obrera. Su oración es también oración de súplica, por sus camaradas, por Ginette, por Berta, por Fernando...; plegaria de reparación, porque el sacerdote ofrece su penoso trabajo por la salvación de aquella masa. Y ¡qué oración y qué sacrificio, la oración y el sacrificio de la Misa del *prêtre-ouvrier*, sea por la mañana, antes de dirigirse a la fábrica, sea por la tarde, al regresar de ella, tras una jornada agotadora!...

Esta vida de oración continua no solamente resguarda sino que aumenta el tesoro de gracias y la vitalidad sobrenatural.

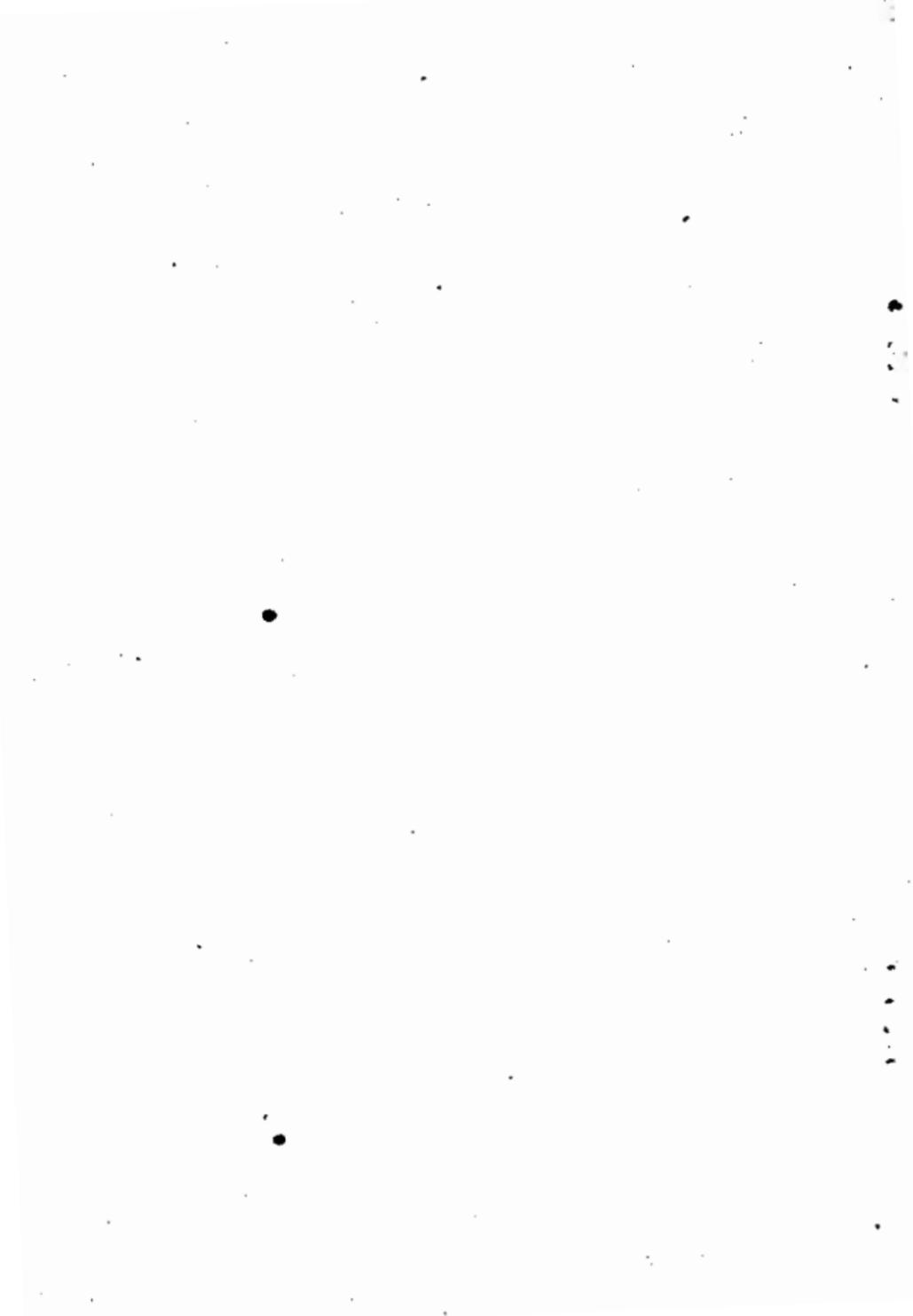
Añádase que nuestra vida es vida de equipo. No estamos solos. Vivimos en comunidad y esta vida es acicate y son malvas, según la coyuntura. En esta vida de equipo cada uno aporta su contribución personal y unos colman el vacío de los otros. Vida de equipo en el plan material, intelectual, apostólico y espiritual. Muchas veces se ponen sobre el tapete—digamos mejor, sobre la

desnuda mesa—los problemas de apostolado que a cada uno de nosotros se plantean, a lo largo de la jornada. Y en común ventilamos el asunto, en común nos enmendamos, en común hacemos nuestra oración y en común comentamos los Evangelios y recitamos Horas del Oficio Divino—a veces poco antes de media noche, luego que se despidieron nuestros visitantes—. Finalmente, tan estrecha es nuestra unión, que uno de los obreros, Fernando, nos dijo en repetidas ocasiones:

—En vosotros hay algo de especial, que no se ve en barraca alguna, en ningún otro hogar: vosotros os amáis. Esto es formidable. ●

¿No decían los gentiles, refiriéndose a los primeros cristianos, “Ved cómo se aman”?





2.ª PARTE

**Apología del nuevo
Apostolado**

I

RESPUESTA DEL P. ROGATIEN A MGR.
ANCEL, EN DEFENSA DE LOS SACERDO-
TES OBREROS.

I

—*El trabajo manual, dice Mgr. Ancel, no es trabajo digno de sacerdotes.*

A mi modo de ver, tan falso es afirmar rotunda y brutalmente que la obra de las manos no es obra sacerdotal, como sentar la tesis absoluta de que el trabajo manual es eminente-

mente sacerdotal. Personalmente opino que es mucho más puesto en razón decir que el trabajo del sacerdote obrero constituye uno de los principales actos de su mediación sacerdotal.

Como enviado por el obispo y por sus superiores, el sacerdote recibe su mandato de la Iglesia, mas no para reemplazar a los seglares (misión, en tal caso, inexplicable) sino para ejercer verdadera y auténticamente su oficio sacerdotal. Y ese oficio y esa misión es de mediación y de mediación de *consagración*.

Toda la iglesia es medianera. Toda la Iglesia es sacerdotal. San Pedro nos dice, como animado por un entusiasmo sagrado. "Ofreceos de vuestra parte como piedras vivientes con que se edifique una casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales, aceptas a Dios por mediación de Jesucristo ¹; y, a continuación: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo de su patrimonio, para que proclaméis las grandezas de aquél que de las tinieblas os llamó a su admirable luz" ².

Pedro destina su carta "a los elegidos extranjeros de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia" ³, es decir, a todos

1. 1 Petr 2, 5.
2. Id. 9.
3. Id. 1, 1.

los miembros, sin distinción de fieles y sacerdotes, de las Iglesias de las citadas regiones.

La Iglesia: pueblo de Dios, Pueblo Sacerdotal, de un sacerdocio santo y regio. Por consiguiente, todos sus miembros participan del sacerdocio de Cristo, de su mediación, y todos ejercen en el mundo esta mediación y este sacerdocio de Cristo.

Mas, aunque toda la Iglesia de Cristo sea un pueblo sacerdotal, sus funciones son distintas, según se desprende de la Escritura y de la misma naturaleza de la Iglesia: la de aquellos pocos elegidos de Dios, sobre los cuales el Obispo impuso sus manos, es función de CONSAGRACIÓN; y la de todos aquéllos, consagrados por el bautismo, que los hace "santos" fieles y hábiles para el sacerdocio es función de *Encarnación*.

Tal diferenciación no existe en la vida de caridad de la comunidad cristiana. Como participante de la vida divina, por la gracia, la Iglesia es un pueblo sacerdotal, con un sacerdocio único, común a todos, "sacerdocio espiritual", interior, fuente y fundamento del otro, que no es sino una expansión del primero.

La diferenciación procede del estado actual y completo de la Iglesia. La Iglesia de Cristo es un pueblo en marcha hacia la Jerusalén Celestial, es el Nuevo Israel, transfigurado y purifi-

cado por la sangre de Cristo, pero con todos los caracteres visibles, sensibles, exteriores de una sociedad terrena.

Iglesia, sociedad visible, nuevo Israel, que debe conducir a la Humanidad (en esto consiste su mediación), "hacia nuevos Cielos y nuevas Tierras", conformándose al ritmo de los tiempos y de la Historia.

En ese mundo visible, exterior, de la Iglesia, es donde han de realizarse sus dos grandes funciones *eclesiásticas*: la función eclesiástica del sacerdocio y la del laicado, es decir, el sacerdocio de los clérigos y el de los legos.

¿EN QUÉ DIFIEREN AMBOS SACERDOCIOS?

La función eclesiástica del sacerdote me parece esencialmente función de CONSAGRACIÓN, en el sentido del apóstol San Juan: "Conságralos en la verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, yo también los envíe al mundo. Y por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad" 4.

El sacerdote es quien santifica, quien consagra la oblación, esto es, toda la vida humana...

4. Jo, 17, 17-19.

Y la Iglesia de Cristo, toda entera, queda consagrada por la consagración sacrificial de la Misa. Digo *Consagración sacrificial*, porque el sacerdote al consagrar el Pan y el Vino, consagra la vida humana, en cuanto está injertada en el sacrificio, en la Pasión de su Esposo Divino.

El P. Hayen, S. I., expuso maravillosamente esta doctrina en su conferencia de Charleroi (año 1947):

“El fin de la función sacerdotal es el concurso efectivo de la vida exterior de los hombres *en el mundo* a la vida interior de la Iglesia *en Dios*. En substancia, este concurso es la vida personal de la comunidad Eucarística, que vive en un perpetuo *ofertorio*, ofreciéndose sin cesar a la consagración divina... presentando al Padre las ofrendas de los fieles que el sacerdote ha de consagrar sacramentalmente; este ofertorio en espíritu de obediencia cierra en Dios el círculo en que se desenvuelve la vida humana.. El ejercicio propio de la función sacerdotal se centra esencialmente en el *sacrificio*, que es, ante todo, el Sacrificio Eucarístico.

La función eclesiástica del laicado me parece esencialmente una mediación de *Encarnación*, en cuanto que en ellos debe *penetrar* la vida interior de la Iglesia *en Dios* y por ellos impregnar la vida exterior de los hombres *en el mundo*. Esa penetración de la vida interior de la Iglesia

en los hombres que están *en el mundo* debe realizarse por la vida y el testimonio de los cristianos en las diversas estructuras sociales: en el trabajo, en el distrito, en la política, en el ejército. etc.... Esa función queda centrada por el testimonio de la caridad ejercido por los seglares, según propia iniciativa y bajo su responsabilidad... Misión de penetración, vivificada, santificada, consagrada por el sacerdocio de los clérigos.

Si pues la función sacerdotal de los presbíteros es fundamentalmente la de la consagración ¿qué hace el sacerdote en la fábrica? Profundicemos un poco en la mística de la mediación de *consagración*. La función sacerdotal de los ordenados *in sacris* debe ser esencialmente una función *humana*. Podrían aducirse varios pasajes de la Epístola a los Hebreos: "Todo pontífice *escogido de entre* los hombres, es constituido *en pro* de los hombres" ⁵. El sacerdote ha sido escogido de entre los hombres... Debe participar en la vida de los laicos... Esta participación es necesaria para que la consagración del sacerdote sea un sacrificio verdaderamente humano, que proceda de un hombre, que represente asimismo a los hombres, sus hermanos.

Y ése es el sentido de la misión del sacerdo-

5. Hebr. 5, 1.

te obrero entre sus hermanos proletarios: él les representará mejor que otro alguno ante el Padre Celestial, les consagrará mejor que los otros, porque él es el único que participa de su vida; él ruega sin cesar y se santifica, para santificarles a ellos.

La presencia del sacerdote en la fábrica es de mediación silenciosa, hecha de plegarias y de sacrificios. Allí está él con sus proletarios, para bendecir, ofrecer, santificar, consagrar esa vida dura, de explotados, de curvados al peso de mil suertes de servidumbres.

Y cuando el sacerdote obrero, sumergido en esa vida de trabajo, tan ajena a su formación, siente en sí todas las injusticias que pesan sobre el corazón de sus hermanos obreros, y vive ese ambiente de rebeldía, de amargura, de depresión, de fatiga, de continuo batallar, ofrece su propia vida al Padre, se ofrece a sí mismo víctima de expiación por ellos, ¿quién podrá negar que está ejerciendo una función sacerdotal, *en virtud de los poderes recibidos*? ¿No es una auténtica y verdadera mediación sacerdotal esa de bendecir, ofrecer, consagrar?... Y pensad ahora en su Misa, cuando, con el corazón destrozado por tanta miseria humana, une tantos dolores al sacrificio de la Víctima Eucarística. Sólo quien haya celebrado tales Misas, con el cuerpo y el alma derrengados, podrá comprender la profun-

da realidad mística de cuanto he dicho... que no es palabrería hueca, ni sentimentalismo enfermizo, sino inmersión completa del alma del sacerdote obrero en esa mística mediación sacerdotal, para la que ha sido enviado. Toda su vida y su mismo trabajo manual quedan centrados, ante todo, en el SACRIFICIO, en la EUCARISTÍA, en la MISA, en una palabra, en la CONSAGRACIÓN, con todo su valor preciso y sacrificial. Creo poder afirmar, que la vida y el trabajo del sacerdote obrero son una maravillosa escuela de mediación sacerdotal.

Léase en la Epístola a los Hebreos: "El cual —Jesucristo— en los días de su carne, habiendo ofrecido plegarias y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que le podía salvar de la muerte, y habiendo sido escuchado por razón de su reverencia, aun con ser Hijo, aprendió de las cosas que padeció, lo que era obediencia; y consumado, vino a ser para todos los que le obedecen, causa de salud eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote, según el orden de Melquisedec" ⁶. El trabajo y la vida del sacerdote en la fábrica son un medio maravilloso de realizar el sacerdocio.

Perdónese nos que de nuevo recurramos al P. Hayen:

6. Hebr. 4, 7-10.

“El fin fundamental de los sacerdotes obreros es rendir un servicio a la Iglesia. No es su primer triunfo la santificación personal de los obreros de su distrito. Tardarán años antes que los obreros le busquen como sacerdote. El efecto primero de su misión es la encarnación común del cuerpo sacerdotal al cual pertenece. Por el simple hecho de compartir el sacerdote su vida con la de los obreros, todo el sacerdocio cristiano comienza una encarnación redentora más real, unidos al Sacrificio del Calvario: encarnación catársica y liberadora. Hay tantos egoísmos, tanto aburguesamiento en la vida del clero!... Nuestra vida pastoral, de profesorado, misional, conventual, está con harta frecuencia tan *desencarnada*, que bien podemos no excusar la cooperación de los sacerdotes obreros al deber del clero, de mí mismo, de todos, de prolongar en nuestra vida sacerdotal la encarnación de Cristo hasta la muerte, la obediencia de Cristo hasta la cruz, y a VIVIR la obediencia de aquél “que en los días de su carne... aprendió, aun siendo Hijo, lo que era obediencia, por las cosas que padeció” ⁷. “El sacerdote va a continuar su aprendizaje en la escuela de los obreros, como sacerdote y para el sacerdocio, en la Iglesia y para la Iglesia, en Cristo y para Cristo. Va a

7. Hebr. 5, 7-8.

aprender de los obreros a ser más plenamente sacerdote, haciéndose más virilmente, más dolorosamente, más audazmente, más humildemente, más auténticamente hombre, hombre enzarzado en la VIDA de los hombres, en la verdadera vida de los hombres, pecadores, bravos, doloridos y esperanzados, tal como se mueven en el mundo, en marcha hacia Dios, por la cruz de Cristo."

"El sacerdote obrero es un mendigo. Va a recibir del obrero; y no sólo del obrero: el sacerdote debe continuar recibiendo de sus otros hermanos, de los burgueses, sus hermanos en Cristo, porque el *prêtre ouvrier* debe tener parte, para ser un verdadero sacerdote, en la Encarnación de la Iglesia entera en la Humanidad" (Hayen).

La íntima convicción de que el trabajo manual es obra auténticamente sacerdotal, es lo que explica y razona mi presencia en la fábrica. Y esa convicción me penetra más hondamente, cuando pienso en el Cristo de Nazaret, el primer sacerdote obrero del linaje de Adán.

Mgr. Ancel escribe: "No podemos negar que Nuestro Señor se empleó en trabajos manuales; *pero, a la sazón, no ejercía ninguna función sacerdotal* salvo la ofrenda que de sí propio hiciera como víctima al Padre; ofrenda, que, de suyo, es indiferente al género de ocupación; basta

que Dios quiera tales obras, para que se le puedan ofrecer" (p. 53).

Perdone, Mgr. Ancel; pero creo que no es recta su apreciación ni muy conforme con la carta pastoral del Card. Suhard sobre la acción del sacerdote en la Ciudad.

Y no tengo por acertada su apreciación, porque Cristo fué sacerdote en todos los momentos de su vida, desde que se encarnó en el seno de Santa María Virgen, hasta el fin de los tiempos... Y como sacerdote, con plena conciencia de su sacerdocio, obraba, oraba, trabajaba, y ofreció el sacrificio de su muerte...

El Cardenal Suhard escribió: ⁸ "Jesucristo no solamente fué sacerdote en el Cenáculo y en el Calvario, sino en todos los instantes de su vida mortal, *intrínsecamente* y en *todos sus actos*. Y esta es la tesis fundamental de mi carta (pastoral)".

La conclusión se impone: si Jesucristo fue intrínsecamente sacerdote desde el primer instante de su vida y en todos sus actos, su trabajo manual ha sido hasta la edad de los treinta años, *verdadera y auténticamente un trabajo sacerdotal*, un acto continuo de mediación como sumo sacerdote de los hombres.

¡Cómo debió de sentir Jesucristo sobre Sí mismo el peso de la fatiga de todos los trabaja-

8. *Lettre Pastorale sur le prêtre dans la Cité*, p. 5.

dores, desde Adán hasta el postrer hombre!... Y su propio trabajo, qué bendición, santificación y consagración debió de ser del trabajo de todos los hombres y de todas las edades... ¿Quién duda que Jesús se sintió el responsable, el *Mediador* solidario del trabajo de esta muchedumbre de proletarios que gime bajo la presión del maquinismo y de todas las estructuras injustas del capitalismo moderno?... Y el Padre Celestial, al contemplarle lleno de complacencia, al escuchar sus plegarias, ¿acaso no veía en El y a través de El, a todo el proletariado de todos los tiempos, transfigurado, bendecido, santificado, rescatado? ¿Y no debemos aplicar estas mismas consecuencias al sacerdocio, al verdadero sacerdocio católico? El Card. Suhard continúa: "De aquí se deduce la trascendencia de la misión del sacerdote en la ciudad. Porque no podrá limitar su sacerdocio al *Cenáculo*, esto es, a la Eucaristía y a los otros Sacramentos, que son como su complemento y coronación".

No puede ser únicamente el ministro del culto; su sacerdocio no será exclusivamente ritual, ni su ministerio solamente sacramental. En otras palabras, no ha de ser sacerdote únicamente por los actos que realiza de un modo intermitente, en virtud de los poderes recibidos. *Por su mismo carácter*, debe ser sacerdote *ininterrumpidamente*, sin solución de continuidad y aún *invisible-*

mente. Debe serlo en todas las horas de su existencia, y en todos sus actos, los más solemnes y los más humildes. Su ministerio será cultural y profético. Será consagrante, porque él está consagrado; siempre aperebido y siempre presto a santificar los valores humanos."

De donde podemos deducir, que el sacerdote obrero, participe del sacerdocio de Cristo, será consagrante, porque él está consagrado. Su trabajo, producto de las manos consagradas de quien recibió esa encomienda, será por consiguiente obra de mediación sacerdotal, de una mediación de consagración. Y el Padre Celestial no podrá menos de bendecir, a través de él (por los poderes recibidos y según el grado de su santidad personal), y santificar y consagrar, el trabajo de sus hermanos del taller y del barrio.

Creo que, considerando la misión del sacerdote obrero según esa correlación entre los miembros del Cuerpo Místico, nuestra obra queda mucho mejor justificada que desde el punto de vista de *orden táctico*, presentado por Mgr. Ancel. Creo que nuestra misión es algo más que un modo de *adaptación*. Piensa Mgr. Ancel que lo ideal sería que los trabajadores invitaran al sacerdote a no compartir sus fatigas en las fábricas. Nuestros obreros de Nanterre desautorizan rotundamente tales criterios. Opinamos que es en absoluto necesaria la presencia del sacerdote

en los medios proletarios y que por luengos años deberá continuar el clero representado en el mundo obrero, para realizar constantemente su sacerdocio de oración y de consagración y extender la encarnación del sacerdocio de la Iglesia a la existencia más humilde y más material de la vida humana.

“Sería ridículo—continúa Mgr. Ancel—que un sacerdote se creyera más que los otros, por sus trabajos manuales”. (p. 54). Estamos de acuerdo: no hay más que un sacerdocio en Cristo. y en ese aspecto, ningún sacerdote es superior a otro. “No menos habría de lamentarse—prosi-gue Mgr. Ancel—que el pueblo estimara más a un sacerdote, porque es obrero” (p. 54).

Muchos cristianos de la clase obrera carecen de una noción exacta y profunda del sacerdocio del ministro de Dios. Muchos también son parte en los prejuicios de su clase contra el clero: pereza, egoísmo, alianza con el capital y con la reacción. Merced al *prêtre ouvrier* es mayor su estima de los sacerdotes. Por aquéllos renace la confianza en todos, y por ellos es honorificado todo el clero católico. Todo el sacerdocio de Cristo es más apreciado, más respetado, mejor conocido... Y esto es algo no despreciable. Con todo, no hay por qué disimular que en nadie confían como en su *prêtre ouvrier*. Es natural: el continuo trato engendra confianza.

2

Mgr. Ancel escribe: "*El sacerdote es y será siempre un extraño (un séparé)*" (p. 55).

Mucho podríamos decir sobre la noción de separación. Estamos conformes con que tanto más *extraño, separado* se tornará, cuanto más se haya *encarnado*.

Los obreros se percatan perfectamente de que nunca seremos uno de ellos, por mucho que tratemos de adaptarnos a su condición. Saben que dependemos de la Iglesia, que guardamos castidad, que nos presentamos como hombres de Dios; pero, a medida que más íntimamente vivamos la vida de Dios en plena fábrica, en medio del taller, más patente se les hará la trascendencia de ese Dios, de nuestra Fe, ... el primado de lo absoluto. El sacerdote deberá, como dice el Card. Suhard, realizar el misterio de su fe (FAIRE MYSTERE); mas, para que la masa humana comulgue ese misterio de Fe, el sacerdote deberá *estar allí*, zambullido en esa masa.

3

"*El apostolado del proletariado no responde a ningún fin político*" (p. 56).

Ciertamente, nosotros no estamos infeudados

a ninguna bandería ni clase social; ni creo que nadie pueda achacarnos que nos hayamos adherido a ningún partido.

4

"El establecimiento de la Iglesia entre los obreros no tiende a derrocar el capitalismo, para instaurar el proletariado". (p. 58).

Es evidente. Pero exige una explicación.

Ciertamente que el fin primordial del sacerdote no es dirigir una huelga o una reclamación sindical... Pero *debe estar allí presente*, como está en el taller, a fin de ejercer su mediación de consagración de ese rudo batallar contra las injusticias manifiestas. Evitará en todo momento la intervención espontánea; pero si las circunstancias le empujan a dirigir una reclamación, aun mediante la huelga, como me ha sucedido a mí, deberá asumir la responsabilidad consiguiente, cuando, según Dios y su conciencia, viere justicia en la causa. Declinar en aquellos momentos el cometido que le endosaron sus compañeros, equivaldría a traicionar a la Iglesia, que aparecería a sus ojos como la aliada indiscutible del capitalismo. Y esto sería catastrófico.

Opino que esa misma función de responsa-

ble de una huelga, por ejemplo, puede y debe ser un acto pasajero, pero real, de mediación sacerdotal. Cristo empuñó el látigo y arrojó del templo a los mercaderes. Al obrar en representación de sus compañeros el sacerdote obrero deberá desterrar de su corazón toda aversión y evitar todo acto de violencia. Discretamente hará obra de educación, procurará limar asperezas y hurtar el cuerpo a toda maniobra política. En cierta ocasión, dimité el cargo de secretario del comité de huelga, precisamente porque se terciaban intereses de partido. Para que, por las porfiadas insistencias de mis compañeros, retirara mi dimisión, hubieron de garantizarme el cese de tales maniobras; de ese modo, la huelga se pudo desarrollar en una atmósfera más pura y sana.

5

"El sacerdote obrero debe consagrar largas horas al estudio de la Escritura y la oración."
(Mgr. Ancel).

Es un hecho comprobado que el sacerdote halla en la fábrica rico venero de vida espiritual... Es imposible permanecer en contacto con la miseria física y moral del proletariado, sin que el corazón del sacerdote se eleve en oración an-

gustiosa al Padre Celestial, para que remedie tantas calamidades.

Mientras realiza sus trabajos, puede orar, meditar y, a veces, incluso leer. Con toda sinceridad puedo afirmar que en el taller *hemos reencontrado nuestro sacerdocio, hemos sondeado mejor el misterio de la Iglesia, hemos comprendido la acción del Espíritu Santo, el influjo de la fe en la vida.* Y con la misma lealtad he de confesar, que sentimos la necesidad urgente de que un teólogo dé forma a todas estas vivencias nuestras."

Nanterre, 28 de septiembre de 1949.

I I

CARTA DEL P. ROGATIEN AL PATRONO
DE LOS TALLERES DE REPARACION... DE
RHONELLE.

Le Petit Nanterre, 8 de abril de 1949.

Muy señor mío:

Al dirigiros esta carta, me siento más que nunca el sacerdote de los obreros, el sacerdote, mejor dicho, de la empresa que V. dirige, y, por ella, el sacerdote de toda la clase obrera, que busca confusamente, desesperadamente y, a veces, brutalmente, librarse del yugo que les oprime, que les aplasta.

Como sacerdote de Jesucristo, el primer Sacerdote Obrero en el taller de Nazaret, quiero recoger, a imitación de Cristo, todas las aspiraciones puras e impuras de ese mundo obrero, sediento de justicia y de bienestar. Y por esto, he formado en las filas de mis camaradas, sin vaci-

lar ni un momento y sin pronunciar un veredicto, para el cual no estoy autorizado por mi misma condición de sacerdote, siempre que se presentaron reclamaciones contra V.

Os ha extrañado, os ha ofendido esa mi actitud respecto de vos. No me importa. Soy sacerdote de los obreros, pero también quiero ser vuestro sacerdote.

El sacerdocio está al servicio de todas las almas. Jesús, el Sumo Sacerdote, hablaba a todos, pobres y ricos, y a todos enriquecía con los dones de su Divina Caridad. Pero el sacerdote está, por encima de todo interés creado, al servicio de la verdad; y la caridad de esa verdad os la tiene que brindar con toda franqueza, con toda lealtad, sin equívocos, presentando ante vuestros ojos vuestras obligaciones de patrón cristiano.

No es posible callar ante esas flagrantes injusticias que se cometen en vuestra empresa. Era preciso que yo os expresara no mi cólera, sino mi indignación. El silencio en tales circunstancias habría equivalido a una deserción a mi doble calidad de cristiano y de sacerdote.

La verdadera tragedia es, V. no lo ignora, que los cristianos no queremos vivir el Evangelio. Flirteamos con el mensaje de Jesús. Se nos llena la boca de palabras humanitarias, filantrópicas, anegados en un sentimentalismo vago e

impreciso. Hacemos mil retazos de nuestra vida. El domingo soy cristiano durante media hora; pero, en llegando a la fábrica, dejamos la fe a la puerta de entrada. Los capitales invertidos nos tienen agarrotados. Tenemos que producir, es necesario que los negocios prosperen: primado de la capitalización sobre la dignidad humana, sobre los verdaderos valores evangélicos. Muchos patronos de empresa, que se dicen cristianos, no tienen conciencia de esta subversión ético religiosa. Ahí está la tragedia de su actitud. Esa inconsciencia les deja tranquilos y satisfechos, en medio de un mundo que tiene hambre de pan y de justicia.

Señor, confesémoslo sin eufemismos: es imprescindible ser santo, verdaderamente santo, para obrar como patrón cristiano en vuestra empresa. Conozco perfectamente los múltiples problemas que os plantea vuestra situación. Pero lo que interesa es saber si estáis presto a portaros como verdadero cristiano, que confía en la providencia del Padre y que acepta todos los sacrificios que le impone su condición de cristiano; o si optáis por dejaros vencer y abatir por las dificultades inherentes a vuestro cargo y renegar de vuestro título de cristiano.

—*¡Hombres de poca fe!*—decía Jesús a sus apóstoles.

Con cuánta razón podría echárnoslo en cara

a nosotros, a mí antes que a nadie... Si tuviéramos fe... Si tuviéramos la fe que puede transportar las montañas, encenderíamos la revolución del amor en el mundo. Piense sobre su vocación de patrono cristiano y procure que el amor de Dios resplandezca en sus talleres.

Dios es Amor y comunidad Trinitaria de Amor. Jesús dió su vida por ese amor que tiene al Padre. "La mejor prueba de amor es dar su vida por aquél a quien se ama." Y esa vida dió también Jesús, al mismo tiempo, por la humanidad entera, por los pobres, por los débiles, por los proletarios, por los obreros del mundo entero, por los de la Rhonelle, que viven al abrigo de vuestra fortuna, por ésos que os han sido confiados.

"Amaos los unos a los otros." Imitad a Cristo: ¿Por qué no os dais a vuestros obreros, como Jesús se dió al mundo entero? Seréis testimonio de que Dios es amor si irradiáis ese amor sobre vuestros obreros.

La Iglesia es la gran Internacional del amor, la sociedad patriarcal de aquéllos que por la Fe y el Amor forman parte de la Comunidad Trinitaria. Señor, si V. quiere introducir este pueblo obrero en el templo de Dios, que es la Iglesia, símbolo y prenuncio de la Jerusalén celestial, viva vida de amor.

Yo os ruego que meditéis sobre estos versículos de San Juan:

“El que ama a su hermano, permanece en la luz y no hay tropiezo en él. Mas quien aborrece a su hermano, en las tinieblas está, y en las tinieblas anda, y no sabe a donde va, pues las tinieblas cegaron sus ojos ¹.

“En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo el que no obra justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano ².

“Todo el que aborrecé a su hermano es homicida, y sabéis que todo homicida no tiene vida eterna permanente en sí mismo. En esto hemos conocido la caridad, en que El dió su vida por nosotros; también nosotros debemos dar las vidas por los hermanos. Pues quien poseyere los bienes del mundo, y viere a su hermano tener necesidad, y cerrare sus entrañas, desviándose de él, ¿cómo la caridad de Dios morará en él? Hijuelos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obra y de verdad ³.

1. Ho. 1, 2, 10-11.

2. Id., 3, 10.

3. Id., 3, 15-19.

“Carísimos: amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido, y conoce a Dios. Quien no ama, no conoció a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, para que vivamos por El. En esto está el amor: no que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que El nos amó a nosotros y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados ⁴.

“Si uno dijere: “Amo a Dios” y aborrece a su hermano, mentiroso es: pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto, a Dios, a quien no ha visto, no le puede amar. Y este mandamiento tenemos de El: que quien ama a Dios, ame también a su hermano” ⁵.

Amad vos a vuestros hermanos obreros. Considerad en ellos a su Creador, ved en ellos, hijos de Dios y herederos del mismo Reino que vos.

Tratadlos con mansedumbre, con sencillez, sin esa mirada altanera y dura con que soléis mirarnos.

Digoos que les tratéis *con humildad*, porque

4. Id. 4, 7-11.

5. Id. 4, 20-21.

los obreros son de aquéllos especialmente bendecidos por Jesús cuando dijo: *Bienaventurados los pobres...* *Bienaventurados los afligidos, que serán consolados...* *Bienaventurados los que han hambre y sed de Justicia, porque serán hartos...* *Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos* ⁶. Los obreros son los invitados por el Padre a las bodas de su Hijo: "Haced que entren los que andan vagando por las plazas públicas, los enfermos, los débiles, los cojos."

Os dije con humildad, porque en sus trabajos, en sus fatigas, en sus inquietudes, en su esclavitud, en su pobreza, encarnan a Jesús Crucificado en medio del mundo. Ellos continúan la Pasión de Cristo que salva al mundo y que os salva a vos mismo, su jefe y su amo.

Debéis tratar de comprender sus aspiraciones y sus deseos. No os ofendáis por sus ademanes groseros, por su falta de educación, de cultura. Al menos, ellos nos aventajan en que su *pobreza de espíritu* es una garantía de salvación, en tanto que nuestra cultura lo es de pecado, de orgullo y de suficiencia propia.

No veáis en sus reivindicaciones sus errores y su torpeza, sino más bien su sed de justicia, su sed de Dios, a través de sus reclamaciones

6. Mat., 5 vers; 3 de Ic,

de salarios o de seguros sociales. Si en ellos veis a Nuestro Señor Jesús, no podréis tratarlos en forma degradante e inhumana.

Si estimaseis la personalidad humana sobre vuestros intereses económicos y financieros —lo que, en definitiva redundaría en mayor beneficio vuestro—no permitiríais tantos abusos en vuestra empresa.

No podríais consentir que un solo par de guantes haya de servir a todo el grupo. . . No podríais imponerles más de cuarenta horas—caso previsto en la ley—a los menores de 18 años... No consentiríais en que los obreros se vieran precisados a ajustar los frenos de los vagones en tan degradantes condiciones de insalubridad y de cochambre... No pasaríais por que el trabajo haya de hacerse con tanto riesgo personal del trabajador...

El amor sabrá inspiraros los medios más convenientes para aliviar y humanizar el trabajo de vuestros obreros.

Copiamos de la Epístola de Santiago:

“Ahora, pues, vosotros los ricos, llorad dando alaridos por las desventuras que están para sobrevenir. Vuestra riqueza se ha podrido y vuestros vestidos se han apolillado; vuestro oro y vuestra plata se ha enmohecido y su moho servirá de tes-

timonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como fuego: Atesorasteis para los días postrimeros. He aquí que el jornal de los trabajadores que segaron vuestros campos, defraudado por vosotros, está clamando, y las voces de los que segaron han llegado a oídos del Señor de los Ejércitos. Regaladamente vivisteis sobre la tierra y os disteis a placeres, cebasteis vuestros corazones para el día de la matanza. Condenasteis, matasteis al justo que no os resiste" 7.

El amor os hará comprender la injusticia irritante de vuestros salarios, que no compensan la rudeza y duración del trabajo. Un día rendiréis cuenta a Dios de la justicia de ese clamor de los obreros que os demandan un salario justo y digno de su trabajo y de su condición humana y suficiente para mantener su familia. Piense V., señor, en sus cargas familiares, que tan fuertemente les atenazan.

Y reflexione sobre la función social de la propiedad. Yo espero que, a la luz de los principios doctrinales que os iré exponiendo, llegaréis a realizar en vuestra empresa la armoniosa coordinación del *Capital* y del *Trabajo*.

7. Jac., 5, 1-9.

Existen soluciones de este tipo, que vuestra alma cristiana os dará la audacia de implantar en vuestra empresa, convirtiendo la Rhonelle en una *Comunidad de Trabajo*, en que el obrero no será un inferior, sino un *asociado* a la misma misión, a la misma obra, *con unos mismos intereses*, en un apretado haz de colaboración, *de responsabilidad recíproca*. No queráis excusaros con pretextos vanos. V. puede y debe llegar a esas realizaciones. Otros os precedieron. Todo se cifra en creer con una fe profunda y en obrar con tenacidad perseverante.

Crea, señor, que esta mi carta es una prueba de estimación y de confianza. Os hablo con franqueza, porque estoy cierto de que sabréis comprenderme.

Por lo demás, no paréis mientes en la condición de quien os ha escrito, sino en la miseria de los que Dios os dejó confiados y por los cuales habréis de rendirle cuentas. Abrigo la seguridad de que tomaréis alguna acertada determinación y seréis un buen jefe, digno del nombre de cristiano.

Con el ofrecimiento de mis servicios sacerdotales, queda de V. a. f. m. s. s.

P. ROGATIEN DE ROUGE.

I I I

CARTA DEL CARDENAL SUHARD A NUESTROS PADRES DE LE PETIT NANTERRE.

Paris, le 12 Novembre 1947.
32, Rue Barbet de Jouy (VII).

Mes chers Pères:

Au sortir de ma visite à votre Mission et après les conversations que j'ai eues soit avec vous, soit avec votre personnel, il me plaît tout d'abord de vous remercier de l'accueil que vous m'avez fait, ainsi qu'à Mgr. Delouvrier, accueil qui m'a profondément touché.

Je veux surtout vous remercier pour le rôle magnifique que vous réalisez dans cette formation d'un genre très nouveau. De cette visite je reviens convaincu que l'Eglise a un rôle de premier plan à jouer auprès des milieux que vous atteignez. Il me semble même que négliger ce rôle serait pour elle manquer à sa mission essentielle.

Mais quelle coupure entre l'Église et ces milieux et combien de temps ne faudra-t-il pas pour obtenir le rapprochement effectif!

Il faudra sans doute même quelques modifications du côté de l'Église. La grâce de Dieu aidant, rien n'est impossible.

Je veux toutfois vous répéter, mes chers Pères, que mon sentiment dominant, à la suite de cette visite, est celui de l'admiration profonde pour le désintéressement et la générosité qu'il vous fait prodiguer à haute dose. Moyennant ces dispositions qui proviennent de vous, instruments du Christ. Celui-ci fera le reste. Il en est en effet de cette oeuvre comme de toutes les œuvres solides: elle est et doit être à base de difficultés et donc de sacrifices.

Veillez dire aux habitués d'hier soir le réconfort que j'ai remporté de cette visite. A vous je dis l'inquiétude accrue que j'éprouve devant le travail à réaliser. Inquiétude qui n'est point d'ailleurs le découragement, mais la perception que je crois exacte d'un état de choses que nous ne saurions négliger.

Veillez agréer, mes chers Pères, avec mes remerciements, l'expression fidèle de mon affectueux dévouement.

Signé: Emmanuel, Card. SUHARD.

Archev. de Paris

INDICE

	PAG.
PRÓLOGO, por el P. <i>Bastio de Rubí</i>	5
INTRODUCCIÓN: La misión de París. — La prensa izquierdista... ..	15

1.ª PARTE:

SACERDOTES-OBRREROS

I.	Le Petit Nanterre. — La visita del Cardenal Suhard	21
II.	El diario del P. Rogatien. — De la primera salida que de su tierra hizo el P. Rogatien. — De la segunda sa- lida... ..	28
III.	“El nuevo convento”. — La nueva <i>obediencia</i>	34
IV.	Me declaro a mi coterranea. — Mi declaración pública. — El desfile de <i>modelos</i>	40
V.	El apostolado del cigarrillo	48
VI.	El P. Rogatien miembro de la Comi- sión Ejecutiva de la C. G. T.—“Mar- zo-julio de 1947”	52

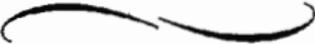
VII.	Modalidades de apostolado. — “Cuaresma de 1947”	59
VIII.	Una bicicleta averiada. — Asamblea general obrera. — ¿Un cigarrillo? ...	61
IX.	La barraca femenina	66
X.	El apostolado laico. — Necesidad de este apostolado. — Opinión del P. Rogatien. — Simpatía a raudales. — Justicia social	68
XI.	Caridad obrera. — Mística obrera.— Crisis religiosa y crisis de partidos. — Tendencias políticosociales de la clase obrera	78
XII.	Conclusiones. — Defensa del apostolado sacerdotal obrero	85

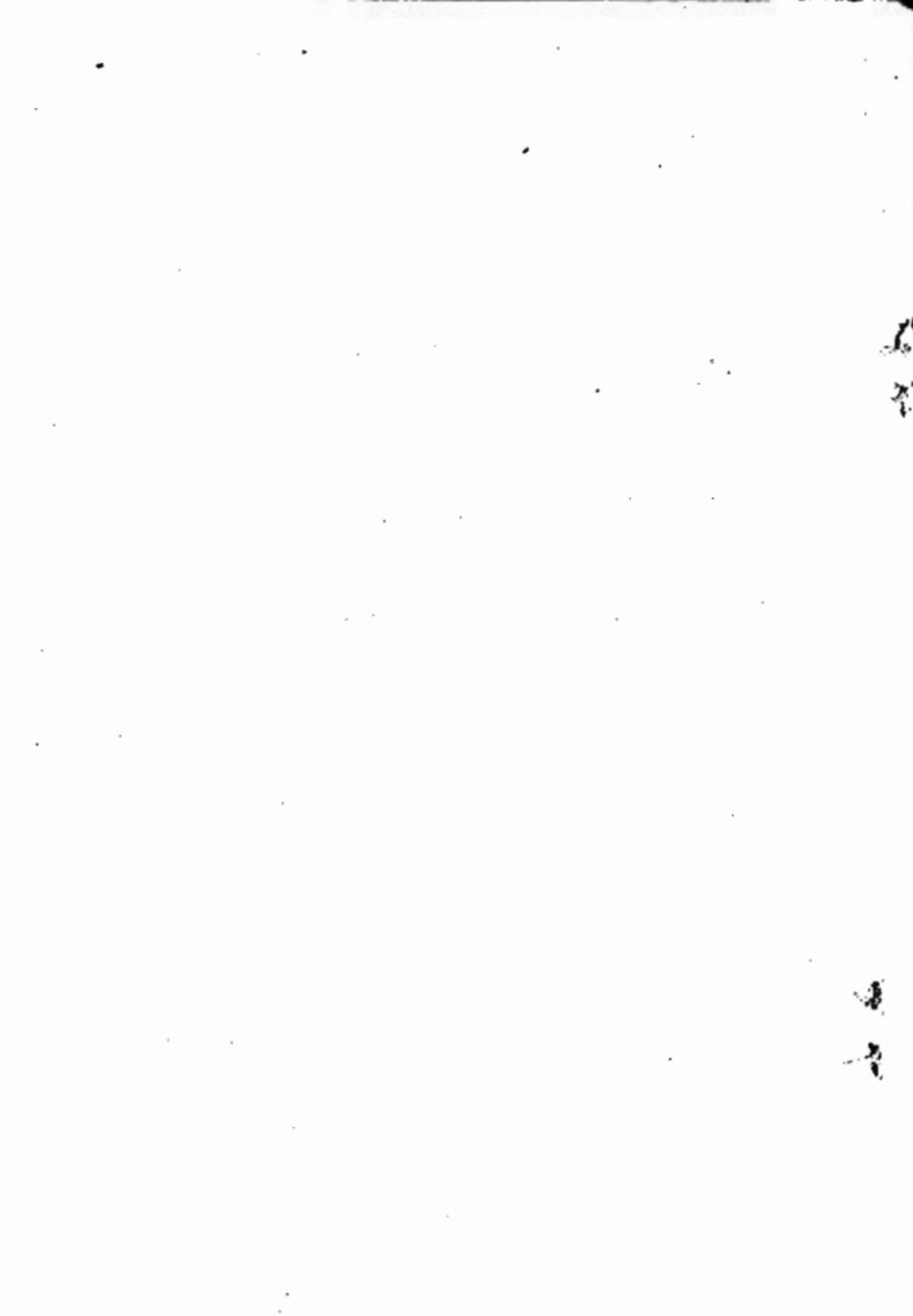
2.ª PARTE:

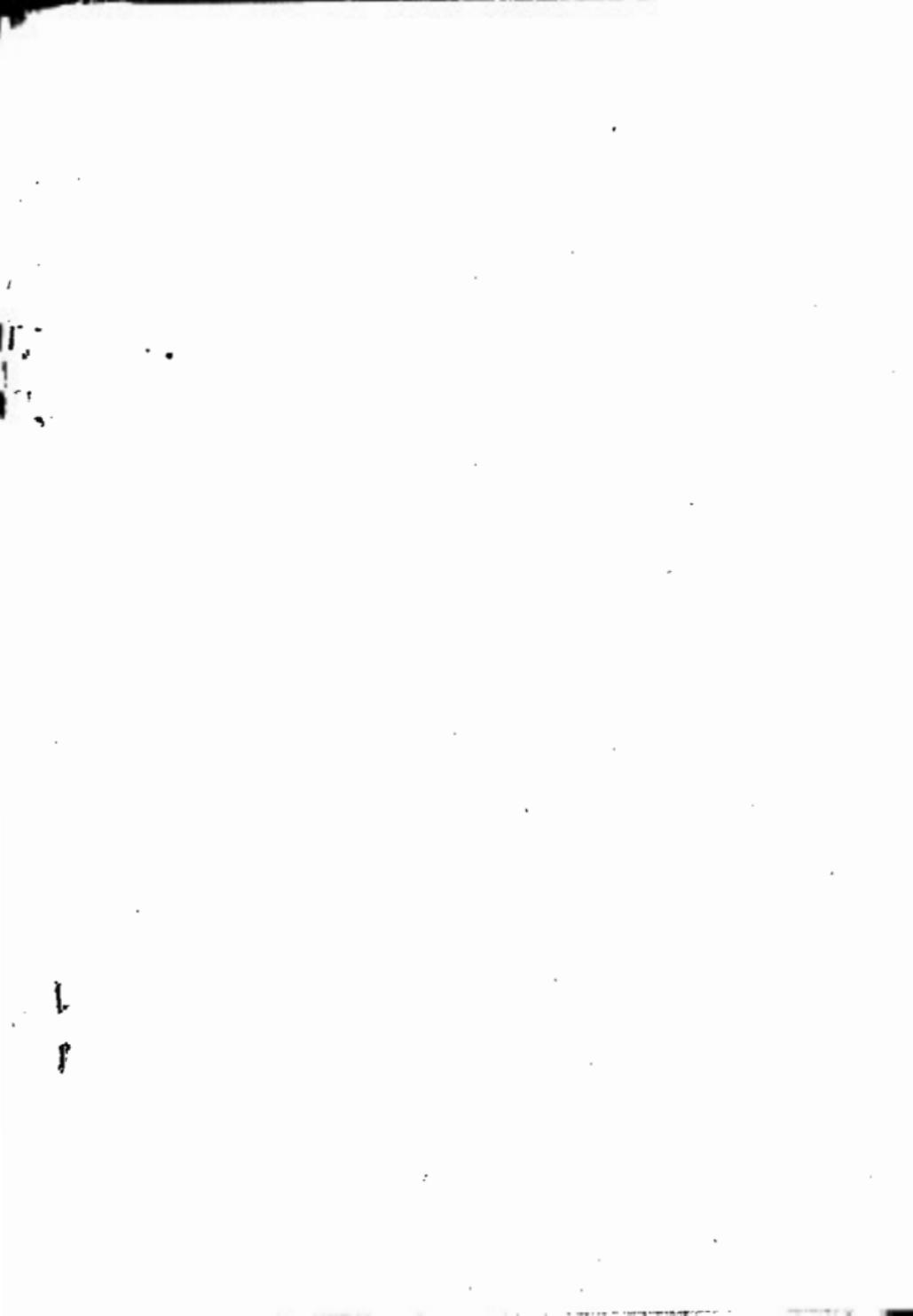
APOLOGIA DEL NUEVO APOSTOLADO

I.	Respuesta del P. Rogatien a Mgr. Ancel, en defensa de los sacerdotes-obreros. — En qué difieren ambos sacerdocios.	93
II.	Carta del P. Rogatien al patrono de los talleres de reparación... de Rhonelle... ..	111
III.	Carta del Cardenal Suhard a nuestros padres de Le Petit Nanterre ...	121

Colección "Franciscàlia"

1. *Art pessebrístic,*
por el P. BASILIO DE RUBÍ.
 2. *Quijotes a lo divino,*
por el P. CRISANTO ZUDAIRE.
 3. *S. Francisco deja el Paraíso,*
(en prensa).
- 







Colección FRANCISCĀLIA

1. *Art pessebrístic*, por el P. Basilio de Rubí.
2. *Quijotes a lo divino*, por el P. Crisanto Zudaire.
3. *San Francisco deja el Paraíso* (en prensa).

En preparación:

4. *Les Floretes de Sant Francesc*, versión de J. Carner.
5. *Itinerari de la ment a Déu*; de S. Buenaventura.

DISTRIBUCIÓN:

CASA DEL LIBRO
Ronda San Pedro, 3. - BARCELONA
AGENCIA EDITORIAL DISTRIBUIDORA
OBRAS SELECTAS
Consejo de Ciento, 391.-BARCELONA

FRANCISCAIA



Precio: 10 Ptas.